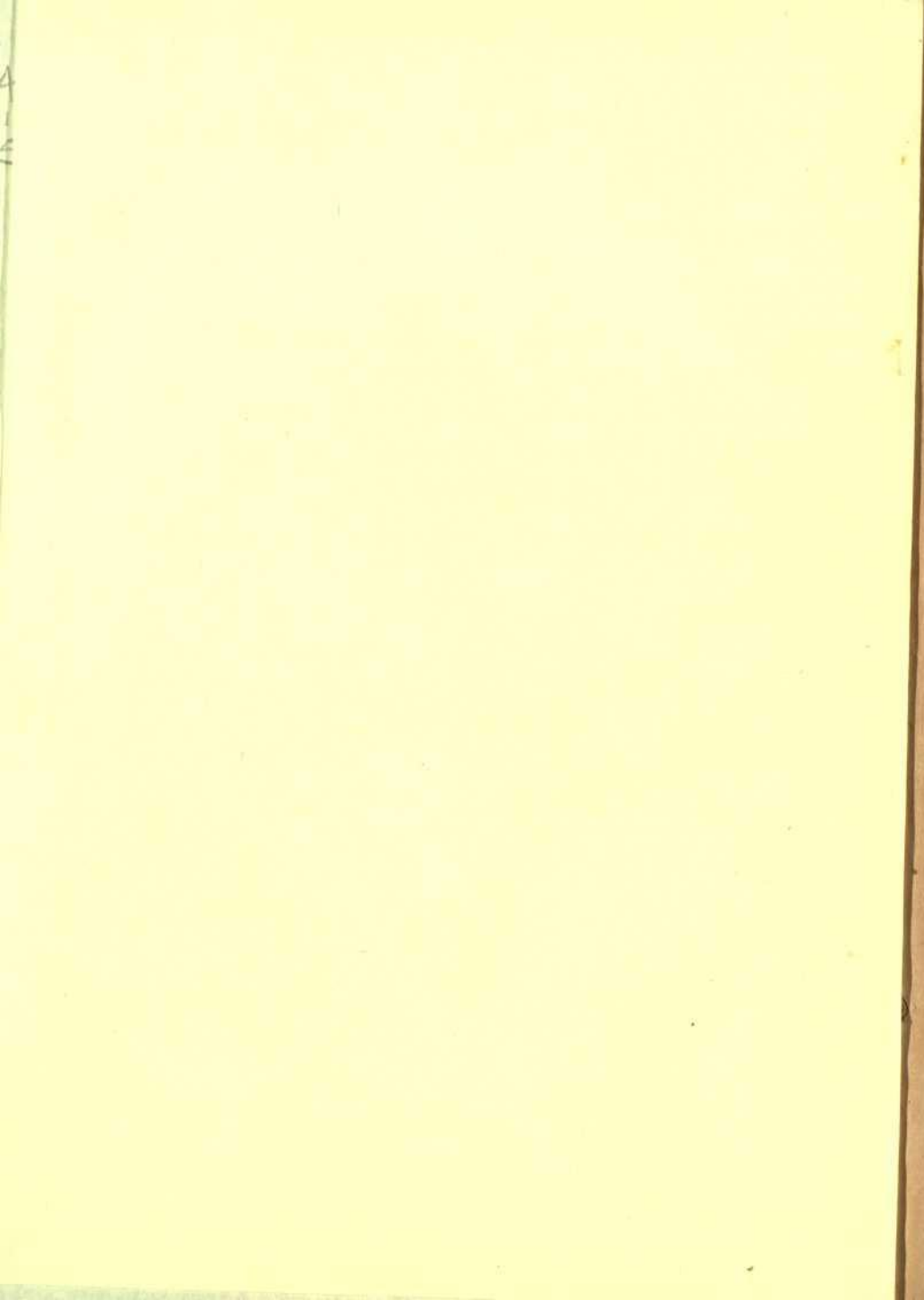


AN
IX
5

FAN
XIX
15

CERTAIN.



CERTÁMEN.



CERTIFICADO

DE

LICEO DE MALAGA

CERTIFICADO

DEL GOBIERNO

DE 1881

1881-1882

Imprenta de la Universidad

12A 90p

CERTÁMEN LITERARIO

VERIFICADO

EN EL

LICEO DE MÁLAGA

LA NOCHE

DEL 30 DE JUNIO

DE 1861.



R. 55:653

Málaga.—1862.

Imprenta del Correo de Andalucía.

CERTIFICADO

VERIFICADO

1881

LICEO DE MALAGA

LA NOCHE

DE LA UNION

DE 1881



Malaga - 1881

Imprenta de la Correo de Andalucia

La Academia de Ciencias y Literatura del Liceo de Málaga, dió en la noche del 30 de Junio de 1861, una prueba mas, brillante y digna como todas las suyas, del culto que presta al saber humano.

En esta noche adjudicó los premios ofrecidos en el certámen literario que oportunamente habia promovido.

Preparado el hermoso salon del Liceo de un modo conveniente, y decorado el escenario con damasco y alfombra blanca que cubria tambien una graderia que le daba acceso, situáronse en el mismo las tres mesas de presidencia adornadas con lujosos candelabros y otros preciosos objetos: en la del centro ocuparon los asientos la Excm. Sra. D.^a Cármen Pagés de Guerola; y las Srtas. D.^a Elia Guerola, D.^a Consuelo y D.^a Aurora Lopez, y D.^a Luisa Arssu, no habiendo podido asistir la Srta. D.^a Isabel Lopez Dominguez por haber recibido á última hora la funesta noticia de una desgracia de familia.

La mesa de la izquierda fué destinada á la Junta directiva de la Academia, compuesta en aquel momento de los Sres. D. Cayetano Lopez, presidente, D. Manuel Olmo, D. Francisco Palanca y D. Francisco Eloy Garcia, secretario interino; y en la derecha el Jurado calificador que constituian los Sres. D. Vicente Martinez y Montes, presidente; D. Francisco de la Cueva, D. Pedro Ignacio Cantero, D. Manuel Casado, D. Narciso Franquelo Martinez, D. Santiago Casilari y D. Fábio de la Rada y Delgado, secretario. En el propio estrado tenian asientos de distincion las primeras autoridades de la provincia, si bien no concurrió otra que el Excmo. Sr. Gobernador civil.

Cerca de las nueve se abrió la sesion, inaugurándola el Sr. D. Cayetano Lopez: en su discurso manifestó el objeto del certámen; se estendió en consideraciones filosóficas, haciendo el merecido elogio de las ciencias y de las letras, y demostrando todo el efecto é influjo que han ejercido en el hombre, ya considerado como un ser intelectual, ya como constituido en sociedad: á este propósito desenvolvió sus pensamientos con relacion á ambos extremos dándoles la precision, claridad y forma que requerian, y cautivándose la atencion de todos sus oyentes por la facilidad de diction y elocuencia que son en él tan reconocidas.

En seguida usó de la palabra el Sr. D. Vicente Martinez y Montes, presidente del Jurado, y despues de protestar á nombre del mismo de la estricta imparcialidad que habia presidido al juicio calificativo de las composiciones presentadas al certámen, de dar las gracias al Liceo por nombramiento tan delicado y para el que debia haberse tenido en cuenta (añadió modestamente,) mas el culto que los Sres. del Jurado rinden al saber ageno que lo

limitado del propio, y de felicitar á la corporacion por la feliz idea de abrir el palenque de estas lides literarias, entró á esplicar sus ventajosos resultados, recorriendo rápidamente algunos períodos tanto de la historia antigua, como de la edad media y del tiempo de los trovadores, en los cuales estos juegos florales alcanzaron su mayor apogeo.

Este discurso como el anterior fué perfectamente acogido, y de ellos podrán juzgar los lectores de este cuaderno.

Tocaba al Sr. D. Fábio de la Rada y Delgado la lectura de la memoria de los trabajos del Jurado: con efecto; en ella empezó por manifestar lo arraigados que están en la sociedad desde su principio los sentimientos de la poesía, y pasando despues al exámen de las composiciones presentadas, que fueron en número de ocho, se ocupó de cada una de ellas particularmente. En *La batalla de Pavía* habia dos que llevaban por lema; la primera *Tout est perdu hors l'honneur*; y la segunda

*Orgullo sea de mi patria amada
el recuerdo de gloria ya pasada.*

La primera fué premiada con el laurel de oro, y con el de plata la segunda.

A los *Mártires de Siria* se habian presentado cuatro composiciones, de las cuales una no llevaba lema alguno, la cual obtuvo el premio concedido á este punto que consistia en un pensamiento de oro; no habiendo sido las tres restantes acreedoras á recompensa.

Al tercer punto del certámen; consistente en un *Exámen de las principales bellezas del poema del Tasso « La Jerusalem libertada »* solo habia presentada una composicion, la cual obtuvo el accesit concedido á este punto que era un laurel de plata.

El cuarto y último punto del programa consistía en el *Exámen de las causas de la decadencia del Teatro español*, al cual solo una composicion fué presentada que llevaba por lema, — *Castigat ridendo mores*, — pero no llenando en sentir del Jurado las condiciones apetecidas, no fué conceptuada digna de obtener premio ni accesit, aunque sí de una mencion honorífica.

La Memoria concluía felicitando á los poetas y literatos que habian alcanzado el envidiable triunfo del premio, y dando por último gracias el Sr. Rada á sus compañeros, por haberle designado para dar pública cuenta de los trabajos del Jurado; comision que por nuestra parte creemos muy justificada por reunir aquel ilustrado y simpático joven las condiciones apetecidas.

Abiertos los pliegos que contenian los nombres de los autores agraciados, se supo que las dos composiciones á *La Batalla de Pavía* eran, una del Sr. D. Angel Lasso de la Vega y otra del Sr. D. Nilo Maria Fabra, ambos de Madrid; la de *Los Mártires de Siria* del Sr. D. José Maria Jimenez, de esta ciudad, y la del *Exámen de la Jerusalem libertada*, del Sr. D. Joaquin Bugella y Cestino, tambien de este propio vecindario.

En ausencia de aquellos escritores leyó la notable produccion del primero el Sr. D. Narciso Franquelo Martinez, produciendo en todos los concurrentes la mayor sensacion, no solo la galanura y fluidéz del verso, sino la valentía y conceptos imitativos, particularmente en toda la parte descriptiva de la batalla.

La segunda composicion sobre este mismo tema, fué leida por el Sr. D. Santiago Casilari, que dió á conocer las bellezas y escogidos rasgos de esta poesia.

Llamado el autor de la dedicada á los *Mártires de Siria*, subió á la tribuna el Sr. D. José Gimenez Plaza, y la leyó con todo "el vigoroso entusiasmo, con toda la sentida entonacion que ecsigen sus diversas situaciones, siendo sumamente aplaudido por su brillantéz y distincion.

Por último, el Sr. D. Joaquin Bugella y Cestino leyó con toda la gravedad literaria del caso su erudito *Exámen*, en el cual manifestó mas de una vez los lucidos rasgos de su reconocido talento.

Estos dos autores recibieron sus respectivos premios de manos de la Excmá. Sra. Presidenta, y comision de graciosas y elegantes señoritas entregándose los otros dos á dos Sres. de la Junta de la Academia para que les dieran la direccion correspondiente.

Seguidamente fueron quemados á presencia de la Sociedad los pliegos que contenian los nombres de los autores de las composiciones no recompensadas.

Antes de empezar el acto y hasta que los salones quedaron desocupados, tocó piezas brillantes y del mejor efecto la escelente charanga del batallon de cazadores de Arapiles, cuyo digno jefe y algunos Sres. oficiales se hallaban entre la distinguida y numerosa concurrencia que asistió al certámen, y en que hubo tambien varios funcionarios del orden judicial y civil y otras personas conocidas por su ilustracion ó su clase.

Terminada la adjudicacion fué obsequiada la comision de Sras. de la Presidencia con elegantísimos ramos de flores, y dulces y helados, trasladándose gran parte de la sociedad al salon de verano que está acabando de arreglarse, donde gozaron hasta la una de la madrugada de las templadas brisas de la noche y de las deliciosas armonías de la música.

Concluiremos esta pálida reseña ofreciendo á todos los Sres. Sócios y al público los discursos y composiciones premiados aquella noche, todos los cuales van por su orden á continuacion, á fin de que se pueda apreciar mas detenidamente la justicia con que sus autores han merecido tan distinguida como envidiable recompensa.

SEÑORES:

La Academia de Ciencias y Literatura del Liceo de Málaga ha provocado un certámen público, determinando los puntos que debían de ser objeto de las composiciones en prosa y verso, y de los premios á que por su mérito se hayan hecho acreedoras á juicio del Jurado calificador; y viene hoy, por este medio á rendir justo homenaje al talento y á pagar su tributo á la soberanía de la inteligencia.

Al inaugurar el acto como presidente, aunque indigno, de este respetable círculo literario, debiera yo hacer un brillante elogio de las ciencias, presentando en un elocuente discurso, adornado con las galas de la poesía, todo el efecto mágico y sublime que han producido en el mundo, y el cuadro portentoso de las formas y propiedades del entendimiento humano. Pero ni mi escasa erudición, ni los estrechos límites de esta solemnidad, me permiten estenderme en profundas consideraciones filosóficas; me contentaré solo con haceros algunas ligeras observaciones sobre el influjo que han ejercido las ciencias y las letras en el hombre, considerado como un ser intelectual, y en el hombre constituido en sociedad.

El hombre es un ser inteligente y esta es la propiedad mas notable que lo separa y distingue de los demás seres, que lo eleva á la altura de ser el rey del universo y el

centro de la creacion; es si se quiere, la razon misma de su existencia; esta idea la espresó bien Descartes, un filósofo meditador profundo en aquellas sencillas y elocuentes palabras: «Yo pienso luego existo:» el entendimiento, la inteligencia en el hombre es una cosa concreta con su existencia misma y apenas podria concebirse la una sin la otra.

Pero es que no le bastaria al fin grandioso de su creacion solo la facultad de pensar, los conocimientos humanos se habrian agotado en su mismo origen, y encerrado el entendimiento en estrechos limites, los hombres no habrian ido mas alto de donde llegaron las primeras generaciones. Debia tener el don de la perfectibilidad, esa cualidad sublime que lo hace susceptible y capaz de ensanchar su inteligencia, para marchar rápida y progresivamente en todos los ramos del saber, inventando unos, añadiendo y perfeccionando otros, y llegar con su basta penetracion hasta donde no es posible imaginar.

Pues bien, el Divino Criador, que siendo todo espíritu, inteligencia suprema, y la sabiduria misma le creó á su imágen y semejanza, no le negó este precioso atributo. Y sin embargo, ¿qué habria sido el hombre aun despues de estar adornado con tan brillantes dotes sin el auxilio de las ciencias y de las letras, causa y origen de los adelantos admirables que ha hecho de las grandes verdades, que ha conquistado con el estudio y la meditacion, y germen fecundo de nuevos descubrimientos?

En el asiduo y constante cultivo de sus facultades sublimes, el hombre se ha engrandecido, su entendimiento se ha dilatado, si es permitida esta frase, y la inteligencia se ha desarrollado de un modo que causa asombro; la razon humana se ha elevado á mayor altura, é impulsada por una ley suprema y una fuerza irresistible, camina á la perfección. Hasta aquí ha llegado el hombre pensador bajo el influjo poderoso de las ciencias; ahora lo vamos á ver constituido en sociedad.

Tambien el hombre es por su naturaleza un ser social, y así lo revelan sus condiciones físicas y morales, y esa admirable armonia con que para él fueron criadas to-

das las cosas; estaba destinado á formar una gran familia, y esa la constituye el mundo entero, si bien dividida hoy en diversas sociedades. Grandes por consiguiente han sido, señores, las necesidades, grandes los deberes y obligaciones reciprocas, y pesada la carga que ha traído sobre él este estado de relaciones sociales.

Era necesario para determinar la marcha de la humanidad, y subordinar á los hombres, crear principios, formar dogmas, fundar escuelas filosóficas, resolver problemas por el continuo choque de ideas y doctrinas contrarias y establecer sistemas para venir á reglamentar y constituir la sociedad. Pues bien, todo esto lo han hecho las ciencias ilustrando la inteligencia del hombre y civilizando al mundo, y solo ella ha podido vencerlo todo, elevando á las sociedades modernas al grado de ilustracion y cultura en que hoy se encuentran.

Con razon han proclamado los filósofos, como un hecho incontestable, como un dogma absoluto confirmado por el testimonio de la razon y de la historia, el de la soberanía de la inteligencia. Y por eso ha dicho un publicista contemporáneo,—Royer-Collard—que de la Soberanía nacional siempre ha podido apelarse á otra soberanía, única que merece este nombre, que es superior á los pueblos y á los reyes, y que es inmutable é inmortal como su autor: á la soberanía de la razon, único legislador verdadero de la humanidad.

Señores, la razon del hombre no tiene ya un solo secreto íntimo y profundo que no le haya sido revelado; y la inteligencia es hoy la verdadera soberana del mundo que todo lo abarca, todo lo domina, todo lo gobierna.

A ella pues vamos en este acto á tributar el mas rendido homenaje, sencillo en su entidad, grande en la esencia, pero siempre pequeño ante el mérito de las personas que lo han conquistado con su talento y erudicion. El Jurado calificador, compuesto de eminentes literatos, de cuya justificacion é imparcialidad no puede dudarse, va á proceder á su adjudicacion.

He dicho.

CAYETANO LOPEZ.

SEÑORES:

Demostrada de una manera tan esacta como elocuente la influencia que las ciencias y la literatura han ejercido en los adelantos intelectuales y sociales de la humanidad, en el discurso que acaba de pronunciar el ilustrado Presidente de esta Academia, debiera limitarse el del Jurado á protestar á nombre del mismo,—como lo hace,—de la estricta imparcialidad que ha presidido al juicio calificativo que ahora se servirá dar á conocer el Sr. Secretario á tan distinguida concurrencia. Sin embargo, compuesto este tribunal por una parte de sócios académicos, y por otra de personas que no tenemos el honor de pertenecer al Liceo, deber nuestro é imprescindible es, espresarle nuestro reconocimiento por tan señalada merced,—y para la que debe haberse tenido en cuenta, mas el culto que rendimos al saber ageno que lo limitado del propio;—así como felicitar cordial y desinteresadamente á dicha corporacion, porque siguiendo las huellas de las que la precedieran, emplaza á los ingenios, abre el palenque de estas lides literarias, base y origen de las ciencias y de las bellas letras.

En efecto, señores: no hay mas que hojear la historia para convencerse de la antigüedad de estos certámenes,

de sus ventajosos resultados; y de que si las naciones en los primeros años de su existencia solo se cuidan de lo que aparentemente puede sostenerlas y defenderlas, esto es, de las fuerzas materiales, no tardan en conocer su error y buscar con avidez el apoyo moral, que únicamente se encuentra en la *inteligencia*. Y fijándonos siquiera un instante en la Grecia,—como el mejor modelo que podemos escojer,—vemos, que si por el pronto en sus famosos juegos olímpicos premiaba al vencedor en el salto, en la carrera, en la lucha, en el tiro del disco y del dardo luego, inspirada por el deseo de instruir al pueblo por medio de la diversion, mira de alta importancia y de grande utilidad; el estudio y une á los ejercicios corporales, la música, la poesía y la lectura; y mientras Alcibiades corria en un dia siete carros, y los Príncipes de países lejanos mandaban sus caballos á ganar el premio en la carrera, Herodoto leia sus historias; Empédocles su poema de las *Purificaciones*; Pitágoras y Platon disputaban entre los luchadores.

Y viniendo á tiempos mas cercanos á nosotros; parándonos en la edad media; despues de las Cruzadas; cuando los conocimientos en general estaban encerrados en las Universidades, donde solo se enseñaba una filosofía escolástica llena de sutilezas y una dialéctica pedantesca; al concluir la época de los *trovadores*, vida de las *córtés de amor*, y fundadores de la *gaya ciencia*, en la ciudad de Tolosa del vecino reino, se forma una sociedad particular, publica un certámen, premia en él con la violeta de oro ofrecida al último y mas distinguido poeta provenzal, Arnolfo Vidal; se trasforma despues en colegio de retórica, y sigue hasta el dia repitiendo con entusiasmo y concurrencia estos *juegos florales*, cuna en Francia de las Academias y Sociedades científicas y literarias; liza brillante de esclarecidos ingenios en otros países, distinguiéndose en el nuestro en la corte de Aragon el Marqués de Villena, y el valenciano Ausias March, considerado como el segundo Petrarca.

Y bueno será aclarar que la *gaya ciencia*, no se limitaba á lo que su nombre parece significar: entonces, y siempre, no se ha comprendido representar puramente la ciencia de la *alegría*; sino de la expansion, de la exaltacion, del

amor á lo elevado, á lo bello; así que alabanzas á Dios, ó elogios de las damas, formaban los asuntos principales de estos juegos en los que el vate era premiado con la violeta, el jazmin, la acacia: flores imitadas con el oro, la plata, las piedras preciosas; flores recibidas de manos de la hermosura, á la cual simbolizan; demostrándonos este hecho que las creaciones mas sublimes de la Divinidad, simpatizan, se atraen y se unen: á saber; la belleza de la muger en lo físico, la inteligencia, el genio en lo moral.

Felicitemos, por último; ó mas bien, envidiemos á los que en este recinto literario, modesto en sus aspiraciones; pero grande en su amor al talento: en esta Academia, sucesora de la Tolosana; y por estas nuevas *Clemencias Ysauras* van á recibir en este momento la justa recompensa de su aplicacion, de su estudio, de su inspiracion.

VICENTE MARTINEZ Y MONTES.

УВЕЛИЧЕНА И УЗГЛАВНА ЗИДОВА

mano de Dios en la mente de la humanidad. Este sentimiento es la poesía.

No pretendais encontrarlo exclusivamente en las modernas sociedades ni en la civilizacion antigua: ella existe en todos los pueblos, en todas las condiciones sociales. ¿Y como habia de suceder de otro modo? ¿La creacion entera, qué es sino un admirable conjunto de misteriosa poesia?

La poesia hallando estrecho el mundo de la razon se lanza en mas ilimitado espacio: es un instinto providencial, un sentimiento divino: es un latido del corazon, un suspiro del alma, el vuelo vehemente de la fantasia. ¿Veis el cielo azul, el sol fulgente, la argentada luz de la luna? Allí está la poesia. ¿Veis las tendidas aguas del Océano con sus perfumadas brisas ó con sus imponentes tempestades? Allí está la poesia. ¿Veis las empinadas montañas agobiadas bajo el peso de la blanca nieve que aglomeran las nubes sobre sus crestas? Allí está la poesia. ¿Habeis sentido el primer sueño de amor, con su forma indecisa, con sus vagos recuerdos? Allí está la poesia. ¿Habeis visto lágrimas en las mejillas de una madre? ¡Ah! Allí está la síntesis de toda poesia. No preguntéis por el poeta: quien admira, quien comprende esa misteriosa armonia de la creacion, con sus placeres y sus dolores, con sus lágrimas y sus esperanzas, ese es poeta. Poco importa que lleve marcada sobre su frente la aureola de paz ó el signo del sufrimiento, de cualquier modo él es poeta.

De aquí, señores, que todos los pueblos han rendido un justo tributo a la poesia, que atesora miles de mundos de fantásticas creaciones, y de aquí tambien que de muy antiguo se conozcan las lizas literarias, donde el sagrado laurel de la victoria es alcanzado por las armas del genio.

En Grecia, en la edad media sobre todo se conocieron los juegos florales, y allí el vencedor recibia por premio la mas bella flor de la campiña que le era entregada por la virgen de sus amores. ¿Qué mayor galardón para el poeta? Si hay victorias que enorgullezcan, ninguna ciertamente tanto como las del talento.

Nuestra España, cobijada por su cielo siempre azul, alumbrada por el radiante sol del mediodia, perfumada con sus misteriosas brisas, no podia dejar de aceptar tambien las contiendas literarias. ¿Cómo no hacerlo así en un pais donde todo es poesia; donde el genio brota á cada paso; donde en todas las frentes irradia la inspiracion del poeta?

Felizmente, Málaga, la joya mas querida del Mediterráneo, henchida de la poesia que bajo su cielo brota, ha demostrado una vez mas que no es agena al movimiento literario que germi-

na en nuestra moderna civilizacion. El Liceo de Málaga y su Academia de ciencias y literatura, al proponer y llevar á término el certámen literario que hoy nos reúne en este sitio, nunca serán encomiados como se merecen. Dignas son ambas corporaciones de nuestros mas cordiales plácemes. Recibanlos con toda la sinceridad de nuestros corazones, pues al promover este palenque literario en donde la inspiracion, el genio y el talento son las armas que se disputan el lauro de la victoria, presenta una noble ocasion de estimular las bellas letras, escribiendo una nueva página en la historia literaria de esta bella ciudad.

Cuatro fueron los asuntos señalados por la Academia en su programa de 26 de Febrero del corriente año, los cuales habian de ser escritos en verso los dos primeros y en prosa los restantes; acuerdo digno de toda alabanza, como no lo es menos el acierto en la eleccion de los temas propuestos, pues abrazan la poesía y la critica, abriéndose asi un ancho campo al talento y á la inspiracion.

El primer punto propuesto en el certámen consiste en un canto épico á la *Batalla de Pavia*.

El Jurado Calificador aplaude la feliz eleccion de esta Academia del primer asunto designado, pues indudablemente la batalla de Pavia es uno de los hechos de armas mas gloriosos de nuestra patria. ¡Digna es de ser cantada con épica entonacion la gran jornada en que un oscuro soldado español hizo prisionero á uno de los monarcas mas poderosos del mundo! Grandioso el asunto, excitador del espiritu de nacionalidad, reúne condiciones de gran estima; recuerdo de una de las páginas mas brillantes de nuestra historia, posee cualidades de gran valimiento para ser cantado por nuestros poetas.

Dos composiciones fueron las presentadas á este asunto, de las cuales la primera lleva por lema

Tout est perdu, hors l'honneur.

aludiendo á las palabras escritas por Francisco I á su madre notiándole su derrota.

Esta composicion, notable tanto en su esencia cuanto en su forma, abunda en bellezas que elevan este trabajo á una altura nada comun.

Lejos de ser un pequeño poema puramente narrativo, la manera como se ha conducido la accion en él, el interés creciente que van ofreciendo sus oportunas transiciones, su adecuado lenguaje y la máquina ó artificio empleado en la composicion, la

hace á los ojos del Jurado merecedora de ser calificada de verdadero canto épico.

Respectivamente á su forma bien poco deja que desear. Lenguaje escogido, conceptuoso y elevado, sin rayar en pedantesco ó ridículo, sostenida entonación, rima armoniosa, fácil y natural versificación, he aquí el agradable conjunto que ofrece el trabajo que nos ocupa, el cual mas de una vez revela en su autor al verdadero poeta.

No por esto queremos significar, sin embargo, que se halle exento de todo defecto: nada menos que eso. No desconocemos que en ciertos puntos pudiera señalarse alguna incorreccion, y que á veces se nota en su narracion alguna languidez; pero ¿qué obra humana está exenta de defectos? ¿Dónde no hallará algo que desear, alguna falta que corregir, el critico severo? Las bellezas de este trabajo, son, no obstante, suficientes para hacerlas olvidar.

Citemos algunas octavas:

Entusiasmado por el orgullo pátrio, no puede por menos el poeta de esclamar, al pasar los Alpes Francisco I:

Dónde el pendon de tus doradas lises
Llevas, ¡oh rey! con tu arrogancia sola?
Recuerda, pues, cuando la Italia pises
Quien obtuvo el laurel de Cerinola.
Si anhela audaz, cuando el leon divises
Tu vengativa sed sangre española,
La del francés recuerda que el hispano
En el curso vertió del Garellano.

Notable es tambien la siguiente, tomada al azar de la descripcion del combate:

Allí el empuje furibundo vuela
pedazos hecho cuando ardiente choca
el robusto lanzon; allí la espuela
incita al bruto cuyo ardor desboca;
allí la sangre del valiente huela
del fulmineo arcabuz la fiera boca,
y allí el acero y la terrible maza
los intrépidos pechos despedaza.

Pero si llenas de entonacion hallamos estas octavas, no puede dejar de citarse el oportuno recuerdo que dedica á Garcilaso en estos términos:

Allí vibró su fulminante acero
contra la hueste del francés monarca
aquel vate feliz, aquel guerrero
que en la flor de su vida hirió la Parca:
dulce en la paz cuanto en las lides fiero
ganose el nombre de *espagnol l'etrarca*,
a las cumbres subiendo del Parnaso,
con el nombre inmortal de Garcilaso.

El Jurado en vista del relevante mérito que tiene esta composición, ha creído proceder en justicia concediéndola el premio consistente en un ramo de laurel de oro.

La segunda composición presentada á la *Batalla de Paria*, lleva por lema

Orgullo sea de mi patria amada
el recuerdo de gloria ya pasada.

Trabajo de menos pretensiones, mas modesto en su forma, mas sencillo en su narracion, revela sin embargo en su autor muy buenas disposiciones para el cultivo de la poesia. Hay en él menos entonacion, menos estro poético, menos lozania que en el canto anterior, pero abunda, no obstante, en pensamientos felicisimos y tiene octavas llenas de armonia, pensamientos hábilmente modelados á la estructura ritmica, y trozos llenos de vigor y valentia.

En la descripcion de la batalla, es notable la siguiente octava que hace relacion al rey de Francia cuando se lanza al combate ganoso de conseguir la victoria.

Francisco, el de las lises altanero
se arroja con furor en el combate,
blandiendo al aire su pujante acero
del fogoso corcel al rudo embate,
y entre mil lanzas se confunde, fiero
mas y mas apretando el acicate
que arde en su seno el ánsia destructora
y la sed de venganza le devora.

Bellisima es tambien la siguiente, donde su autor pinta la llegada á las costas españolas de la galera que conducia prisionero á Francisco I.

Ya se divisa envuelta por la bruma,
sus contornos la lona vá formando,
y por las aguas como débil pluma
hácia el puerto anhelado vá avanzando.
El ancla ya cayó, entre la espuma
al hondo abismo rápida bajando,
en tanto que su peso en pos resuena
el cansado rodar de la cadena.

Digna es ciertamente de mencion, por último, la octava con que termina el canto, cuyo pensamiento es felicísimo.

Del ola leve el plácido murmullo
cuando apacible sus orillas baña,
quizás es misterioso y vago arrullo
que alza sonora á la triunfante España,
y en su dulce lenguaje, con orgullo
de sus hijos, recuerda heroica hazaña,
y por la playa al estenderse lenta,
con las arenas sus victorias cuenta.

En suma, la composición no es un acabado modelo, pero es buena y el Jurado la estima merecedora del accessit señalado á este punto, consistente en un ramo de laurel de plata, para que tenga un justo estímulo el talento de su autor.

Consiste el segundo asunto propuesto en el certámen, en una Oda en estancias regulares á los *Mártires de Siria*.

Motivo este punto de verdadera inspiración poética, ofrecía cierta novedad al ingenio para escribir un bellissimo poema lírico, pues en él se descubría la gigantesca lucha, por tantos siglos sangrientamente sostenida entre el Oriente y el Occidente, entre la civilización y la barbarie, entre el islamismo y la fe cristiana.

Cuatro composiciones se han presentado al certámen deseosas de alcanzar premio.

La primera, lleva por lema

La lanza ya blande
el árabe cruel.

(Fr. Luis de León.)

la segunda

¡Raza mortal! ¡Tu gérmen es maldito!
Con un nuevo furor tu orgullo sellas.

(Arolas.)

la tercera

Y esa nube que el vuelo
remonta cual el águila...

y la cuarta, que no viene señalada con lema alguno.

El Jurado calificador ha examinado muy detenidamente estas composiciones, pues ha querido que la apreciación de ellas no pueda jamás calificarse de superficial ó severa en demasía, y ha meditado mucho antes de pronunciar su fallo. En este punto es donde mas ha reconocido lo delicado de su misión, pues es justamente donde se han presentado mayor número de trabajos.

Las tres primeras Odas, cuyos lemas quedan indicados, si bien suelen hallarse en ellas algunos pensamientos delicados, versos armoniosos y á veces sentimiento, sin embargo, ninguna de ellas, á juicio del Jurado calificador, merece ser premiada, por no reunir todas las condiciones que en su sentir eran indispensables. En la cuarta, por el contrario ha encontrado indudablemente otras circunstancias de gran valimiento y desde luego el Jurado la conceptúa digna de recompensa adjudicándole el premio que consiste en *un pensamiento de oro*.

La suma facilidad con que está escrito este trabajo, la cadencia de su rima, el sentimiento de que toda ella está impregnada, y los delicados pensamientos en que abunda, revelan en su autor al verdadero poeta lírico. De sentir es que en la forma de esta composición, cuya corrección la hace notable, no haya seguido á nuestros clásicos, en vez de cuyas armoniosas estrofas compuestas de cuatro ó siete versos alternando los de siete con los de once sílabas, ha preferido para un canto lírico la octava real. Propio este metro de la epopeya, ha conseguido, no obstante, su autor sacar grandes ventajas de él para la poesía de sentimiento.

Bellísima es, ciertamente, la siguiente octava que se encuentra en su obra:

¡Ah!... Que despierte la dormida Europa
v en bélico ardimiento arrebatada
lance al Oriente su guerrera tropa
á levantar su religion postrada.
Sangre de justos en horrenda copa
bebiera el druso con sonrisa helada,
y esa sangre purísima, inocente,
de sangre del infiel pide un torrente.

Notables son, finalmente, las dos últimas octavas de la composición, en que se ocupa de la expedición del ejército francés á Siria. Recordando sus águilas victoriosas, dice así:

Sí, ellas son: desde el undoso Sena
ráudas tendieron su gigante vuelo,
para cernerse en la region serena
que cobija la cima del Carmelo:
es la hueste imperial que de fé llena
y respirando general anhelo,
hácia el Oriente presurosa avanza
clamando con furor—«guerra y venganza.»

—
¡Guerra!... donde el invicto Godofredo
desplegando su excelsa bizarria,
blandió el acero con sin par denuedo
hollando del infiel la saña impia.
¡Guerra!... donde sembró perenne miedo
del cruzado la noble valentia,
y que logren los galos por fortuna
en fragmentos romper la media luna.

Pasemos al tercer asunto propuesto en el programa de 26 de Febrero, que dice así: *Exámen razonado de las principales bellezas del poema del Tasso «La Jerusalem libertada»*

Sensible es, por cierto, que sea una sola la composición presentada á este punto de la convocatoria, pues esta circunstancia estrecha el círculo que ha de recorrer la censura del Jurado.

Desde luego reconoce que su estilo es claro, natural y no desprovisto de elegancia: que su lenguaje es bastante correcto

y propio, cual conviene á la naturaleza del asunto, y que si bien no abundan los pensamientos nuevos, profundos é ingeniosos, la verdad y la claridad reinan en todos los que contienen.

Tampoco puede dudarse de que el autor de este trabajo conoce la historia y las literaturas griega, latina é italiana; y preciso es confesar que sus apreciaciones revelan una detenida comparacion entre la Jerusalem y los poemas modelos de Homero y de Virgilio.

En cuanto al modo con que ha procurado llenar su objeto, si bien es cierto que se hace cargo de la generalidad de las principales bellezas con que Torcuato Tasso supo hacer tan admirable su Jerusalem, todavia fuera de desear que hubiera hecho resaltar mas algunas de ellas con detenido análisis, y no hubiera pasado enteramente por alto otras no inferiores en belleza á las de que hace mérito.

Tal es el combate nocturno de Tancredo con Clorinda; porque es el triunfo del Tasso, pues sobre estar descrito con una grandeza de poesía inimitable, el patético llega á su mas alto punto, cuando herida de muerte la guerrera doncella, es reconocida por su amante: el poeta se ha mostrado superior á sus rivales bajo este punto de vista.

Dignas son tambien de señalarse, en sentir del Jurado, la habilidad y el talento con que el Tasso desde el principio ha enlazado con la accion los sentimientos mas tiernos, y sabido hacer representar al amor un papel que jamás se le habia dado antes en ningun poema épico: papel que exige el carácter de una epopeya romántica, y la naturaleza mas elevada, mas religiosa y mas poética del amor entre los modernos. El amor entusiasta y respetuoso constituia una parte esencial de la caballeria: él era el alma de todas las acciones, y daba la vida á toda la poesía del siglo. Así el retrato de Tancredo enamorado es superior al de Aquiles en la Yliada, y forma una de las principales bellezas de la Jerusalem.

Sin embargo, la composicion reúne circunstancias altamente recomendables, como anteriormente queda dicho, y correspondiendo á los fines de la convocatoria, el Jurado entiende que procede en justicia otorgando á su autor, no el premio que queda sin adjudicar, mas el accesit concedido á este punto y que consiste en *un ramo de laurel de plata*.

El cuarto y último punto de la convocatoria está concebido en estos términos: «*Causas de la decadencia del teatro español.*»

Una sola composicion que lleva por lema

«Castigat ridendo mores»

se ha presentado á este asunto, cuya circunstancia no puede menos de lamentar el Jurado calificador, pues la importancia del tema merecia ciertamente ser tratado por los literatos españoles. Forzoso será detenerse algun tanto en este trabajo para autorizar su juicio acerca de él.

Divide el autor su composicion en siete capitulos precedidos de una introduccion. En esta refiere la historia y origen del teatro en Grecia, cuna de la civilizacion del mundo; pasa despues rápidamente por el teatro romano, y viene al español de cuya historia se ocupa detenidamente. Este prólogo que por cierto no carece de mérito literario y demuestra erudicion en su autor, parece no obstante impropio de esta memoria por lo sobrecargado y difuso.

El autor señala al principio dos causas de la decadencia del teatro; la perversion actual de costumbres y el mal gusto del público, sin olvidar despues otra primordial en los dramas románticos y zarzuela de nuestra siglo. Asi es que en el capítulo I penetra en el exámen de las costumbres de la moderna sociedad, que con cáustica pluma y tinta de hiel describe en elevado estilo. En el segundo reconoce la degradacion del teatro como escuela indispensable de la desaparicion moral, y pasando al tercero anatematiza con vigor las innovaciones dramáticas del puro romanticismo. En los capitulos cuarto y quinto se ocupa de las obras de espectáculo, de las comedias de figuron, de magia y del género andaluz, y despues de ocuparse en el sexto de la zarzuela, en el sétimo y último, que mas bien que resumen de los capitulos anteriores, es un apéndice, reconoce el autor en la actual sociedad tendencias favorables á las buenas costumbres, y en el renacimiento de la familia vé la regeneracion de la comedia y del teatro.

En suma, esta composicion absolutamente hablando es buena, tiene excelentes trozos de erudicion y estilo, y revela no escasos conocimientos y estudio de la literatura dramática. Esto no obstante, en sentir del Jurado no llena el objeto del tema, porque ni designa con fijeza las causas de la decadencia actual del teatro, procurando justificar cada una de por sí, ni propone como debiera el remedio mas acertado y conveniente.

En vista de estas consideraciones, el Jurado no ha podido menos de convenir, aunque con sentimiento, en que no ha lugar á adjudicarse el premio ni el accesit en este cuarto punto de la convocatoria, por no reunir de una manera cumplida todos los requisitos que debía abrazar este trabajo: esto no obstante sus buenas condiciones le hacen merecedor de una mencion honorifica que desde luego le concede.

Concluida nuestra difícil mision faltariamos á un deber sagrado sinó felicitáramos á los escritores que acaban de ser juzgados y cuyos nombres hemos de conocer en breve. Reciban nuestra mas sincera enhorabuena, ya que van á obtener la mas grata de las recompensas.

¡Venid, poetas!... Llegad y recibid el justo premio que la belleza otorga al genio. Cantad, séres privilegiados en cuyas frentes irradia la inspiracion. Nada importa que las cuerdas de vuestra lira de oro giman en tristisimos cantares ó se remontan á otros espacios en las místicas creaciones de vuestra fantasia. Nunca está tan satisfecho el talento, como cuando es galardonado por la hermosura. ¡Poetas, el lauro del vencedor sea la brillante diadema que refresque vuestras sienas!

Permitidme, señores, que antes de concluir consagre una palabra de gratitud á mis dignos compañeros, que sin merecimiento alguno de parte mia, me han dispensado el honor, que yo tengo en gran estima, de elegirme entre sus individuos, aunque el mas insignificante, para hacer público el resultado de sus trabajos.

He dicho.

FABIO DE LA RADA Y DELGADO.

LA BATALLA DE PAVÍA.

CANTO ÉPICO.

Tout est perdu, hors l'honneur.

I.

Canto una insigne memorable hazaña,
eterna gloria de la patria mía;
la que del franco en la ambición, España
en los campos obtiene de Pavia:
ruje el león, y en su iracunda saña
al César Carlos vencedor le envía
un rey cautivo, cual feliz trofeo,
á quien cubre el dosel de Clodoveo.

II.

Sacro custodio del honor hispano,
genio sublime de la guerra, acude
esta vez con tu aliento soberano
al humilde cantor; haz que no dude
en la alta empresa que su empeño es vano,
que en noble audacia su temor se mude,
e inflamado por ti su voz levante
con pátrio orgullo, y la victoria cante.

III.

—Tu en su defensa al español no tardo,
de un héroe altivo ante el audaz deseo
las lecciones conduces de Bernardo
á las cumbres del alto Pirineo;
y de Roldan temido y de Eginardo
venciendo, arrastras cual feral trofeo,
el áulico pendon para afrentalles
del magno Emperador en Roncesvalles.

IV.

Tu eres el mismo que en el suelo Italo
del pontífice santo en la defensa,
en Ostia humillas la altivez del galo
que luchar y vencer tan solo piensa:
y en la ciudad del Tiber á Gonzalo
de la gloria le das la recompensa,
para decir al mundo á tal hazaña:
¡He aquí los hijos que produce España!

V.

—¿Mas que mucho sea así? ¿No es por ventura
tu sacro aliento el que el rencor conserva
de un siglo en otro á la legion impura
que hizo á su patria su infelice sierva?
¿No eres tu, pues, quien su venganza apura
en sangre mora y quien jamás se enerva
al dar sin cuento en las gloriosas lides
á su heróica nación sus adalides?

VI.

¡Oh ser augusto, mi humildoso acento
de tu sublime inspiracion el rayo
invoca, al recordar el ardimiento
que en el pecho infundiste de un Pelayo!
y si en mi empeño audaz débil me sienta,
acudiré á tu auxilio en mi desmayo,
porque supla tu ardor que al pecho abrasa
mi escaso númen y mi ciencia escasa.

VII.

Grande era España en el felice día
que vió en las sienes del varon famoso
que la cesárea púrpura ceñía,
su fúlgida corona: el ceño umbroso
de la noche jamás la luz del día
quitaba á sus dominios; poderoso
era el hispano en donde quier; su imperio
dilataba hasta el indico hemisferio.

VIII.

Un genio audaz la inspiración recibe,
y en los misterios de la ciencia, un mundo
bajo el sol de los trópicos concibe,
mas halla en todos el desden profundo:
solo una reina en cuyo pecho vive
de fe ardorosa el manantial fecundo,
su proteccion le dá; con ella ufano
se lanza á recorrer el Océano.

IX.

Cruza el Atlante, en sus bajeles brilla
del español la enseña refulgente,
y en la demanda de la ignota orilla
los lindes toca del rosado Oriente:
¡y ante el augusto solio de Castilla
el mundo muestra que soñó en su mente!....
¡Herencia digna que Isabel preclara
á un magnánimo César le dejara!

X.

—¡Reina sublime! El español bizarro
la turba arroja del Islam odiada,
marchando en pos de su triunfante carro,
á la tórrida Libia con su espada:
la cruz refleja en su corriente el Darro;
desaparece el muslim; y consumada
de siete siglos, de Isabel la diestra
la empresa colosal al mundo muestra.

XI.

Y atónito ve el mundo el poderio
de la nacion hispana: sus bajeles
de zona en zona el indomable brio
conducen luego de sus hijos fieles:
y libres ya del agareno impio
ambicionan ceñir otros laureles,
y el italo, el flamenco, el lusitano,
à su imperio se rinden soberano.

XII.

De tal grandeza el poderoso influjo
siente el ingenio que adormido calla;
Minerva entonces que à ceñir redujo
al español el yelmo de batalla,
su templo abre al saber; donde condujo
varones tantos, y dó el númen halla
de inspiracion purísima un tesoro,
dándole un siglo à su nacion de oro.

XIII.

El arte hermoso del divino Apeles
renace lleno de fecundo brillo,
anunciando los mágicos pinceles
de Zurbarán, Velazquez y Murillo:
el Helicón prepara sus laureles
al inspirado vate, y al caudillo
que en la lid del saber muestra sublime
la luz que Dios sobre su frente imprime.

XIV.

El genio entonces de brotar no cesa
por donde quier sus rayos fulgurantes,
y la aurora despunta de Teresa,
de Calderon, de Lope y de Cervantes.
¡Oh centuria feliz! Prolija empresa
fuera los astros del saber brillantes
del áureo siglo enumerar, la gloria
con que adornó el ingenio nuestra historia.

XV.

Esta grandeza del poder hispánico
del rey Francisco suscitó los celos,
y era su mengua el pensamiento vano
que incesante causaba sus desvelos:
la férrea espada requirió su mano,
fijáronse en la Italia sus anhelos,
y agrupando sus fuertes muchedumbres
pasó del Alpes las nevadas cumbres.

XVI.

¿Dónde el pendón de tus doradas lises
llevas, oh rey, con tu arrogancia sola?
Recuerda, pues, cuando la Italia pises
quien obtuvo el laurel de Cerinola.
Si anhela audaz, cuando el león divises,
tu vengativa sed sangre española,
la del francés recuerda que el hispano
en el curso vertió del Garillano.

XVII.

Al monarca francés su antiguo encóno
contra el potente emperador lo hacia
rival del tiempo que aspiró á aquel trono,
dó el Austria á Carlos elevó en un día;
mas de la paz se concertó en abono
el tratado en Noyon que los unia...
¡Tratado inútil que el rencor en breve
quebranta y nuevas disensiones mueve!

XVIII.

El rey Francisco de Milan ganoso,
jóven, guerrero, recordar alienta
de sus armas el éxito glorioso
que halló en la lid de Marignan sangrienta:
en su brillante ejército animoso
nobles caudillos de la Francia cuenta;
y sin temer los cambios del destino,
las riberas traspone del Tesino.

XIX.

Mas si esforzados capitanes junta
la hueste franca, el español ofrece
un ejército audaz: en él despunta
Leyva temido, cuya fama acrece
en cada lid con su acerada punta:
rayo de Marte al batallar parece,
y ya en su historia de soldado, cuenta
batallas treinta y seis, sitios cuarenta!

XX.

No hay enemigo cuyo aliento venza
el indomable aliento de su espada;
testigos son los campos de Provenza,
y de Revec testigo es la jornada:
su derrota fatal y su vergüenza
al rebelde morisco dá en Granada,
y terror del francés, muestra severo
el noble tipo del soldado ibero.

XXI.

A tal caudillo que jamás el tédio
del ocio conoció, Pescara envía
á resistir el formidable asedio
que el monarca francés pone á Pavia:
allí dispone inteligente el medio
de su defensa heroica, pues la fía
al invencible ardor y la constancia
del que nació en la patria de Numancia.

XXII.

Con el Virey de Nápoles, Pescara,
soldado fiel y espejo de leales,
en reducido número acampara
sobre Lodi á la vez los imperiales,
en tanto el duque de Borbon tornára
desde el suelo aleman á sus reales,
con el refuerzo entonces necesario
para ofrecer la lucha á su contrario.

XXIII.

El Principe del mal, que del hispano
vió con despecho las legiones bravas
alzar el signo de su fé no en vano
en Auseva, en Clavijo y en las Navas,
y en el nombre de Dios del mauritano
tornar las haces donde quier esclavas,
al ver la gloria que su nombre eleva,
en contra suya su rencor renueva.

XXIV.

Ya la Discordia, la falaz Envidia,
hijas nefandas del eterno Abismo,
convoca al punto en su funesta insidia
para moverlas á impiedad el mismo:
y el espíritu aquel que en contra lidia
del bando de la cruz, y al heroismo
con el infiel se opuso del cristiano,
al llamamiento acude del insano.

XXV.

«¡Oh deidades, prorrumpe, oh crudos séres
cuya maldad al antro atemoriza!
hoy es fuerza cumplir vuestros deberes
contra ese pueblo audaz, que se entroniza
de la tierra abrogando los poderes;
hoy vuestro aliento que el rencor atiza
reclama el mundo, y vuestra inmensa saña
el orgulloso milite de España.

XXVI.

«Génio implacable de la Guerra, acude,
en sangre y lloro y mortandad te goza,
tu instinto sácia, tu inquietud sacude;
sin tregua, pues, la humanidad destroza:
la Discordia procaz tu empresa ayude;
y tú, la Envidia, en quien ia hiel reboza,
celos en contra al español aduna;
¡pueblos y reyes tu rencor desuna!

XXVII.

«¡Venganza, pues! En nuestro oprobio horrendo
esa raza feliz el signo odiado
de salvacion, al Africa venciendo,
en su hermosa península ha enclavado:
y en su audacia los mares trasponiendo
la luz eterna de la fé ha llevado
á un mundo ignoto... ¿Y dejareis que aumente
esa gloria que alcanza armipotente?»

XXVIII.

«¡Eso nunca! ¡Marchad!... Mi causa os fió:
¡vuestro veneno, oh dioses, se derrame
hasta humillar su fuerte poderío,
y el hondo Averno su victoria aclame!»
Dice: y el eco de su acento impío
conmueve al punto la legion infame:
los tres malignos su furor desplegan
y á sus viles satélites congregan.

XXIX.

Como en los senos cavernosos brama
del Etna abrasador la lava ardiente
y de súbito brota y se derrama
de su encendida cúspide estridente:
así la turba que en rencor se inflama,
contra el humano, agítase furente,
y con ronco clamor que al viento asorda
desde el profundo Abismo se desborda.

XXX.

¿Mas por ventura el cielo así abandona
al buen soldado de la cruz que fia
en él, y alcanza su triunfal corona
deshaciendo de Agar la turba impia?
¿La virtud donde quier no galardona?
¿Y tanta gloria amenguará en un día?
¡No, que por ella velará! El intento
vano ha de ser del tentador cruento.

XXXI.

Presto los mónstruos del Averno impíos
gozosos cumplen su mision horrenda
por donde quiera suscitando umbrios
la sed de sangre y destruccion tremenda:
mas ya no tardan los hispanos brios
en mostrarse al francés que á la contienda
apréstase veloz y no se olvida
de la ciudad por Leyva defendida.

XXXII.

De noble arrojo el sitiador no falto,
el cerco estrecha y poderoso insiste
en obtener la gloria en el asalto
que con bravura el español resiste:
y con la audácia del valor mas alto
los fuertes muros escalando embiste,
mas el contrario acero lo rechaza
y su animoso pecho despedaza.

XXXIII.

Sañoso el galo con tenaz porfia
arrecia entonces á la ciudad su amago:
con hórrido fragor su artillería
la tierra hace temblar: cunde el estrago;
y llega á ser tan sanguinoso un día
que el caudillo francés en duro pago
de su ardimiento, sobre el foso advierte
dos mil soldados que hacinó la muerte.

XXXIV.

Al alemán el español unido
en sus salidas de la plaza prueba,
pues que en ellas jamás se vió vencido,
que la fortuna de las armas lleva:
ya en el choque parcial, ya en el reñido
combate duro su renombre eleva,
y el triunfo es mayor de su denuedo
porque nunca el francés luchó con miedo.

XXXV.

En tanto en Lodi el imperial dispone
á su animosa hueste, reforzada
con la que trajo el de Borbon: depone
todo temor y en su invencible espada
de su victoria la esperanza pone:
y cubriendo las márgenes del Ada,
molestan sin cesar á los franceses
de Pescara y del Vasto los marqueses.

XXXVI.

A estos caudillos á intentar un hecho
audáz y heróico su valor les mueve.
Umbría es la noche, el temporal deshecho
los campos cubre con la blanca nieve:
con el agua en los fosos hasta el pecho,
de la guarnida poblacion se atreve
de Melza el español á la sorpresa,
y logra al fin su prodigiosa empresa.

XXXVII.

Con sigilosa astucia el fiero amago
corresponde á su arrojo: en la muralla
á su grito de ¡ESPAÑA Y SANTIAGO!
su acero esgrime y su furor estalla;
y entre el tumulto y sanguinoso estrago
la muerte el conde de Tibúleis halla,
al acero feliz y ya famoso
de Santillana, alférez valeroso.

XXXVIII.

Otros sucesos donde quier triunfantes
las armas dejan del hispano; un día
desbarata al francés dos mil infantes
la legion que guarnece á Alejandria:
en los suyos con pérdidas bastantes
aquel Juanin de Médicis huía,
y en Crémona á la vez Palavicino
á verse preso con sus gentes vino.

XXXIX.

No la soberbia del francés menguara
que en los reveses su furor no aquieta;
y ofensivo su rey, al de Pescara
en breve plazo á combatir le reta:
nunca á la audaz provocacion callara
el que jamás al ocio se sujeta:
digna respuesta del marqués obtiene,
y á la lucha el hispano se previene.

XL.

Presto de Lodi entre el estruendo parte
del atambor y del clarin guerrero
que con las salvas su fragor comparte,
á los rayos del sol dando su acero,
el soldado español, hijo de Marte:
de Cívita el marqués marcha el primero;
aligeros caballos acaudilla
dó el escuadron de capeletes brilla.

XLI.

El Viso-rey de Nápoles se ofrece
del ejército al mando allí en seguida:
el duque de Borbon luego aparece
con su hueste de lanzas decidida:
en pos Hernando de Alarcon recrece,
con su presencia del francés temida,
el bélico ardimiento: este soldado
nunca la pátria en que nació ha negado.

XLII.

Seis mil soldados para honor de España
Pescara lleva: el escuadron conduce
del italo aguerrido á la campaña
que su porte marcial severo luce
el capitan Cesaro; en su compañía
otro bravo adalid se reproduce
activo donde quier: siguen sus pasos
los duros broncees de batalla escasos.

XLIII.

Jorge de Austria en retaguardia estiende
al vistoso tudesco. A la defensa
de Lodi el duque de Milan atiende
la lid ansiando con zozobra inmensa.
Yendo en su marcha el imperial emprende,
ante la hueste del francés suspensa,
de San Angelo el fuerte defendido
el vigoroso ataque decidido.

XLIV.

Así en demanda de la audaz empresa
remonta altiva su gigante vuelo
la reina de las aves y atraviesa,
cual sus dominios, la estension del cielo;
y á su paso cebarse en débil presa
no se desdeña en su rapante anhelo,
y á otro objeto mayor va encaminada
por la region del éter azulada.

XLV.

Con los despojos de la insigne hazaña
á vista llega del francés: presenta
la lid que el mismo provocó en su saña
y que aceptar en su altivez no intenta:
su inmenso gozo á la legion de España
ya ante sus muros, la ciudad ostenta
que cercada se vé y saluda entonces
con sus guerreros y sagrados bronces.

XLVI.

¡Oh sacro génio que invoqué en mi ayuda,
cuando el instante de mi empresa toco
mas sublime y feliz mi lengua muda
se siente, y nunca inspiracion evoco:
ella en mi auxilio al ensalzar acuda
ya que mi aliento para tanto es poco,
la eterna prez que en el glorioso día
las armas dieron á la patria mia!

XLVII.

No su carro otra vez la blanda Aurora
conducirá por el rosado Oriente
sin que suene por fin la horrenda hora
que Mavorte los campos ensangrienta:
solo el francés á su defensa ahora
acude, pues, del imperial al frente
que el rebato y continúa escaramuza
lleva á sus tiendas y su saña aguza.

XLVIII.

Tras la sospecha que en la noche umbrosa
con éxito feliz causa el hispano
y á la legion del franco recelosa
retrae prudente del combate insano,
en la del César de la lid ansiosa
el momento se fija soberano:
y en su bélico ardor el de Pescara
de este modo los ánimos prepara.

XLIX.

«Nobles soldados de invencible diestra,
en la lid y en la gloria, oh compañeros;
solo la tierra que pisais es vuestra;
¿qué recursos me es dado ya ofrecer?;
bien advertis la situacion siniestra
en que apenado al fin hoy llevo á veros:
el sustento nos falta necesario,
y en número es mayor nuestro contrario.

L.

«Hoy ni el cariño que por todos siento
ni del César augusto el poderío,
ofreceros pudiera el alimento;
mas que habrá de encontrarlo en Dios confío
en el campo enemigo vuestro aliento.
¡Digna hazaña será de vuestro brio!
¿Es mas fuerte? ¡No importa! ¿El medio os place
que tal extremo decidir no os hace?»

LI.

«¡Al enemigo!... ¡al enemigo!» ansiosas
las voces llenas de entusiasmo claman:
«¡luchar queremos! donde quier gozosas
el vivo anhelo de la gloria inflaman:
y á las tiendas al punto presurosas
á los aprestos de la lid se llaman.
Algunos velan en la noche atentos
porque ignore el contrario sus intentos.

LII.

Entre las sombras el marqués confia
la comision difícil á Salcedo
y á Santa Cruz que encanecido habia
sin conocer jamás lo que era miedo:
cada cual lleva, pues, su compañía,
confiando en su Dios y en su denuedo,
á derribar de Mirabel el muro
donde ocupa el francés campo seguro.

LIII.

Llevar á cabo la atrevida empresa,
y el ruidoso atambor do quier apaga
de la pica el estruendo, que no cesa
de la aurora hasta ver la lumbre vaga:
y practicable hallando la dehesa
el buen marqués, cuyo ardimiento halaga
el fortunado éxito, dispone
su ejército y en marcha al fin se pone.

LIV.

Mas antes, pues, su campamento entrega
á la llama voraz y abandonado
creyéndolo el francés, ¡jactancia ciega!
con el primer albor ya confiado,
presto á dejar sus posiciones llega:
y á la marcha su ejército ordenado
en un llano dispone, presumiendo
que derrotaba á su enemigo huyendo.

LV.

Mientras el franco la ocasion acecha
en su vano propósito gozando,
á las contrarias huestes no sospecha
de Mirabel el parte traspasando
en orden ya por la anchurosa brecha,
las lanzas llegan á su vez formando
tres escuadrones, que imponentes brillan
é intrépidos guerreros acaudillan.

LVI.

Rige gallardo el escuadron primero
el Viso-rey cual principal caudillo:
el oro borda su sayal guerrero
de carmesí vivísimo: amarillo
sobre su almete ondula su plumero;
de su blanco broquel ofende el brillo,
y de dorado acero es la loriga
que á su corcel, defiende de fatiga.

LVII.

Preceden, pues, al adalid, sonando
con estruendo marcial, roncós clarines,
cual si ya de la lucha pregonando
al galo fueran los adversos fines:
en los inquietos brutos que piafando
al viento agitan sus hermosas crines,
las enseñas los milites conducen
donde las armas imperiales lucen.

LVIII.

El segundo escuadron se ve mandado
cual teniente del César en su hueste,
sobre el arnés cubierto de brocado,
del duque de Borbon. Marcha con éste,
con apostura y gentileza, armado
de fuerte lanza y con dorada veste,
collar de perlas y plumaje airoso,
aquel del Vasto en alazan brioso.

LIX.

El noble Hernando de Alarcon, guerrero
que iguala á un Cid en lo invencible y fuerte,
con negra vestidura va severo,
por la victoria ó por la honrosa muerte:
doscientas lanzas en su arrojo fiero
en dos mil á sus órdenes convierte:
en retaguardia contener intenta
la inquietud por luchar que le impacienta.

LX.

De Cívita el marqués con cuatrocientos
aligeros ginetes, avezados
á la fatiga y de luchar sedientos,
ocupa á Mirabel: son encarnados
de su ardiente alazan los paramentos
con reluciente plata recamados;
su sayo es carmesí: la férrea maza
su diestra empuña, y la rodela abraza.

LXI.

En la vanguardia, del infante hispano
Pescara forma el escuadron primero,
en su hermoso corcel, el *Mantuano*,
que el eco anima del clarin guerrero:
tambien lo viste el carmesí; su mano
á los lampos del sol blande su acero,
y en su rodela tiene trasladada
la imágen de la muerte despiadada.

LXII.

Jorge de Austria á la legion apresta
del tudesco marcial que ser promete
no el mas ocioso: con donaire inhiesta
oscura pluma va sobre su almete:
el sayo monacal por sobrevesta
cubriendo lleva, pues, su coselete;
que en su piedad aduna de cristiano
la fé divina y el valor humano.

LXIII.

Del italo la escasa infantería
luchar tan solo por su cuenta pide
con noble pundonor; se le confía
que en retaguardia con su esfuerzo cuide
de seis piezas que son su artillería:
esta pequeña division preside
con otro de la Italia aquel Cesaro,
siempre de gloria, capitán avaro.

LXIV.

Como la fiera que acosada mira
que la abandona el cazador y piensa
que huyó temiendo su sañosa ira,
mas vé que torna al fin y en su defensa
la vengativa sed mas ríbia inspira:
así el francés con su legión inmensa
airada parte en su arrogancia herido
á la lid, de su engaño apercebido.

LXV.

En formidable número, pues, llega
presto á la liza la enemiga gente:
sus cinco mil esguizaros despliega
el caballero de Alenzon al frente:
el fulgido esplendor despues no niega
que el monarca francés lo sigue ardiente
y ordenados en fuertes escuadrones
en su séquito van dos mil bridones.

LXVI.

En su fogoso palafren se ofrece
por su riqueza y magestad brillando,
el rey Francisco, que su orgullo acrece
la victoria segura imaginando,
en su bélico casco el aura mece
los paramentos del corcel, tocando
á su soplo el magnífico plumaje,
es de morado terciopelo el traje.

LXVII.

Y de su nombre la inicial luciente
lo recama do quier: lleva en su cuello
el gran collar de San Miguel pendiente:
á los rayos del sol áureo destello
dá en su cimera Salamandra ardiente,
y es su divisa de su orgullo el sello:
Esta vez nada mas. ¡Vana arrogancia
que un funesto revés cuesta á la Francia.

LXVIII.

De la Navarra el príncipe á su lado
en brioso alazan se gallardea:
cubre el fúlgido arnés verde brocado
y en su yelmo real la pluma ondea:
del monarca de Escocia al hijo amado
el belicoso ardor allí hermosea
el semblante infantil: la vestidura
de blancas cruces lleva en su armadura.

LXIX.

Los adalides que la Francia cuenta
prolijo fuera enumerar: unidos
de sus ilustres príncipes sesenta
con fausto van deslumbrador vestidos:
el escuadron en ala se presenta
de quince mil infantes aguerridos
por la llanura en pos de la demanda:
llámanle, pues, el de la *negra banda*.

LXX.

De esguizaros despues diez mil soldados
siguen su marcha en escuadron terrible;
en otros quince mil van ordenados,
ítalos todos, á la lid temible
con relucientes armas preparados:
y de á pié ya juzgándola invencible
su arrogante legion, diez mil franceses,
fratopines, gascones y bearneses.

LXXI.

Como suele en la atmósfera serena
la parda nube de la luz radiante
privar de Febo á la campiña amena
con lentitud y en calma amenazante,
y horrible tempestad desencadena,
de súbito, á los vientos, rebramante,
y de la nube en el preñado seno
se enciende el rayo y se desata el trueno;

LXXII.

Así precede en los opuestos bandos
la aterradora calma al choque duro.
¡Oh cual pueden los réprobos nefandos
que el Averno abortó, su aliento impuro
esparcir por do quier! ¡Tomad los mandos
de las falanges del imperio oscuro,
que es el hora se sacie vuestro gozo
en la sangre, la muerte y el destrozo!

LXXIII.

Vibra su lanza sin piedad Belona:
es la señal; y con horrible estruendo
el ronco bronce del francés detona
el sanguinoso estrago produciendo:
¡estrago fácil que el valor no abona!
Pescara entonces en Mirabel reuniendo
sus cañones inhábiles se apresta
en vano á dar á la agresión respuesta.

LXXIV.

Al tronante estallido el humo denso
que envuelve en nubes y á la vista oculta
entrambas haces; el fragor inmenso
del que gime, blasfema y del que insulta;
con el rumor que por el llano estenso
del galopar del escuadron resulta
y que el clarín y el atambor aumenta,
horrible cuadro y confusion presenta.

LXXV.

Allí al empuje furibundo vuela
pedazos hecho cuando ardiente choca
el robusto lanzon; allí la espuela
incita al bruto cuyo ardor desboca;
allí la sangre del valiente hiela
del fulmineo arcabuz la fiera boca,
y allí el acero y la terrible maza
los intrépidos pechos despedaza.

LXXVI.

El de Alenzon interceptar procura
á la hueste imperial la retirada,
y con su gente vá tras la espesura
de unos álamos ya; mas preparada
su intento impide con audaz bravura
la falange del italo: su espada
prodigios hace de valor, mas cede
al número fatal que al suyo escede.

LXXVII.

El esguízaro entonces en su arrogancia
su gozo muestra á tan escasa gloria:
el Viso-rey turbado vé á distancia
esta ventaja del francés notoria,
su grito escucha de *¡Victoria, Francia!*
¿Y posible será que su victoria,
oh sacro genio de la patria, clame?
¡No, mientras vivo tu ardimiento inflame!

LXXVIII.

¡Sús, españoles! el honor os pide
que vuestra sangre generosa riegue
el campo estenso que el contrario mide,
y no hay alguno que la suya niegue:
Pescara al punto en su valor decide
que de mostrar quien sois el hora os llegue;
«¡la muerte huyendo en el peligro, infama,
muramos sí, pero con honra!» esclama.

LXXIX.

La lanza arroja que empuñó su mano
y la fulmínea espada al aire agita,
su acicate estimula al Mantuano
y en busca del francés se precipita,
el de Borbon a quien el odio insano
al rey de Francia su furor incita,
con frenético gozo y sed ardiente
á batallar se lanza con su gente.

LXXX.

Síguelo raudó el de Alarcon, ganoso
de nuevos lauros; y el Virey juntando
la hueste del Cívita, piadoso
el signo hace de la cruz tomando
el pesado lanzon, y así ardoroso
á los suyos les dice: «En Dios fiando,
bravos guerreros, la victoria es nuestra:
¡Seguidme! ¡á ella os llevará mi diestra!»

LXXXI.

Y al ejército franco detenido,
en órden marcha con su hueste: atento
el contrario adalid ha comprendido
del imperial el raudó movimiento;
y á los suyos entonces decidido,
«como buenos, les dice, en su ardimiento
en nuestra busca ved los imperiales;
¡á su encuentro salgamos como tales!»

LXXXII.

De la Navarra al príncipe se junta
el mariscal Montmorency, guerrero
que por su estirpe en su nación despunta,
y otros nobles con él: el choque fiero
no se deja esperar; la férrea punta
resbala presto en el bruído acero,
la lanza en ristre á la agresión se apronta
y al menos diestro al embestir desmonta.

LXXXIII.

El franco al grito de su patria hiere,
y al de la suya y su patrono santo
el español intrépido: no espere
la piedad el vencido; el odio es tanto
que el que se rinde en el instante muere:
de la cruel desolacion el manto
el campo cubre del tremendo duelo
y en sangre humana se enrojece el suelo.

LXXXIV.

La blanca cruz con que el francés se muestra,
al imperial sus víctimas señala:
allí el Virey con su incansable diestra
prodigios hace, y en valor le iguala.
el de Borbon, que fervido demuestra
todo el rencor que de su pecho exhala:
el del Vasto á su vez con mano fuerte
que es digno deudo de Pescara advierte.

LXXXV.

El Almirante de la Francia presto
y el noble anciano de Palisse espiran;
y otros muchos al par su fin funesto
al duro choque en el palenque miran:
el de Civita herido, se ve espuesto
á cien contrarios que á su muerte aspiran,
hasta que á manos del monarca mismo
llega al fin á encontrarla en su heroismo.

LXXXVI.

El arcabúz del español cundiendo
la tremebunda confusion, acierta
á diezmar al contrario, y á su estruendo
el fogoso corcéel se desconcierta:
del suyo entonces el de Alarcon creyendo
sostiene airado desigual reyerta,
y no fuérale bien sino acuchilla
en su auxilio el buen Jorge de Sevilla.

LXXXVII.

Pescara al mando del hispano advierte
que en formidable muchedumbre llega
la negra banda á decidir la suerte
de sus armas con él en la refriega:
á su vista conoce el trance fuerte,
y festivo prorrumpe: «el hora llega
en que sacieis, leones, vuestra saña:
¡Santiago, y á ellos! ¡Cierra, España!»

LXXXVIII.

Y al encuentro animoso se encamina
del bando opuesto que ordenado viene.
Jorge de Austria á proteger se inclina
su retaguardia al punto: se detiene
de súbito el francés: ya se adivina
el estrago fatal que se previene:
suspendiendo el hispano sus enojos,
á Dios eleva su oracion de hinojos.

LXXXIX.

Tras el silencio funeral, la mecha
hace que truene el arcabuz certero
y á su estrago cruel se vé deshecha
la banda negra ante el hispano fiero:
huye en su espanto; mas Quesada acecha,
donde quier es preciso allá el primero,
con su tercio español al fugitivo
que sucumbe al acero vengativo.

XC.

El caudillo francés la desventaja
conoce de su ejército, y airado
al frente del esguizaro trabaja
por rehacerlo otra vez; mas su soldado
ante el duro revés su ardor rebaja
y sus picas abate amedrentado:
á perecer lo lleva su destino
en su fuga á las aguas del Tessino.

XCI.

Leyva entretanto aunque su mal lo tiene
en lecho de dolor, es conducido
de su plaza á las puertas, dó previene
la salida del milite aguerrido:
al sitiador en ella lo entretiene
que en su contra quedára apercibido,
é impide así con su asechanza cruda
que á dar auxilio en la batalla acuda.

XCII.

¡Oh cual la sangre, el esterinio, el duelo,
el ánimo fatiga! ¡Ay, cesa un tanto,
oh fiera Muerte, en tu insaciable anhelo!
¡Treguás, oh Musa, á mi funéreo canto!
Mas no, que el alma en su inspirado vuelo
apartará su vista del quebranto,
para admirar al español que eleva
su fama siempre dó sus armas lleva.

XCIII.

Pescara en medio del tumulto blande
su matador acero y desaparece;
se busca en vano; el desconsuelo es grande;
cunde la nueva de su muerte: acrece
de venganza la sed, y aunque demande
el vencido piedad luego perece.
¡Oh ventura!... ¿es posible? ¡aquel que llega,
no es el Marqués?... ¡Pero su sangre riega!

XCIV.

¡Él es! ¡gran Dios! al valeroso hispano
la noble sangre la amargura inspira:
con los suyos lo lleva el Mantuano
que al cumplir su mision, al punto espira:
¡oh valiente corcel! con duelo insano
su intrépido señor su muerte mira;
mas ni á su estado ni á su pena atiende
y con nuevo furor la lucha emprende:

XCV.

¡Victoria, España! el enemigo ansioso
huyendo ya la salvacion procura:
al arcabuz del español glorioso
la préz se debe de la lid. La impura
falange horrible del Abismo umbroso
su hiel en contra al vencedor apura;
con inútil afán su saña misma
prestar pretende, y con furor se abisma.

XCVI.

¿Ois? Victoria por el César! claman:
ved; á la grita del triunfo ardiente
en orgullo los milites se inflaman,
y el vencido á su vez su oprobio siente:
los de Alenzon dispersos se derraman
por dó quiera, y seis mil en la corriente
sucumben del Tesino: el que su huida
paraliza el pavor, pierde la vida.

XCVII.

Así al viajero súbito sorprende
la roca colosal que sin ruido
de la riscosa altura se desprende,
de su riesgo fatal no apercibido,
y en su funesto pánico no emprende
la fuga en el momento allí aturdido,
y víctima del miedo que le oculta
la salvacion, la mole lo sepulta.

XCVIII.

El soberano de la Francia advierte
su pérdida total, y ya le inquieta
el funesto temor de hallar la muerte,
pues á tan fiero trance lo sujeta
los profundos arcanos de la suerte:
huye, pues; mas el plomo de Urbieta
derriba en tierra á su corcel, y mira
la espada al pecho que á su fin aspira.

XCIX.

Y hallárala cruel; pero le abona
que á oír el Vasco de sus lábios llega
que á sus sienes se ciñe una corona:
su rendicion le impone; mas se niega
pues que al César tan solo su persona
se decide á rendir: al fin se entrega
al Viso-rey que acata compasivo
la augusta magestad de su cautivo.

C.

Digno se muestra de la sangre suya
el soberano en la prision siniestra
que así le obliga su altivez concluya;
digno á su vez el vencedor se muestra;
no hay uno entonces que el prestarle huya
de su homenaje el ósculo en la diestra;
tan solo el de Borbon que el odio guarda
la generosa sumision retarda.

CI.

Pescara á un rey tan poderoso viendo
en tan funesta situacion, se mueve
á la tierna piedad y no pudiendo
dominarse, á su vista se conmueve:
la régia espada el Viso-rey teniendo,
otra en cambio le dá que al cinto lleve:
¡Hidalga accion con el valor vencido!
¡noble homenaje hacia el poder caído!

CII.

¡Oh tú el que rijes á la altiva Francia,
miráras antes que el desden injusto
á la nacion heroica de Numancia,
la saña iba á mover! ¡Castigo justo
pero terrible obtiene tu arrogancia!
¡Ves humillado tu poder augusto!
Tuviste, pues, razon, oh rey vencido,
¡menos la honra, todo se ha perdido!

CIII.

Tú el rey galante, emprendedor guerrero,
dentro los muros de Lujan te viste
del gran Monge de Yustre prisionero
que el destino te hiciera menos triste:
mas ¡ay! que pronto á tu venganza fiero,
jaun soy monarca! en tu altivez dijiste,
y por faltar perjuro á una promesa,
después la sangre de correr no cesa.

CIV.

Apártese esta vez de la memoria
todo recuerdo que el placer mitigue
del hispano á la fulgida victoria
que el nombre pátrio enaltecer consigne:
solo el júbilo, pues: canto la gloria
que siempre al hijo de mi patria sigue
tras la lucha feral; canto el guerrero
quien siempre enavaina vencedor su acero.

CV.

Y á la verdad que en la contienda impía
con que Mavorte al esgrimir su lanza
enrojece los campos de Pavía,
todo soldado de la España alcanza
tan alta prez: en tan felice día,
¡cuanto milite digno de alabanza
su heroicidad mostró! ¡Fuera bastante
á enzalzarlo mi voz en este instante!

CVI.

Allí vibró su fulminante acero
contra la hueste del francés monarca
aquel vate feliz, hábil guerrero,
que en la flor de su vida hirió la Parca:
dulce en la paz cuanto en las lides fiero,
ganóse el nombre de *Español Petrarca*:
á las cumbres subiendo del Parnaso
con el nombre inmortal de Garcilaso.

CVII.

¡Cuanto luto al vencido y sangre cuesta
este revés de su destino! ¡cuanto
aliento inútil! ¡Tras la lid funesta
dó quier se escala por el deudo el llanto
en ocho mil hogares! ¡Ay, cuan presta
tanta vida, esplendor, orgullo tanto,
la muerte estuvo á destruir! ¿Dó ha ido
aquel potente ejército aguerrido?

CVIII.

La Fremouille y de Foix perecen,
á Bonivet la pérdida sonroja,
y dó los riesgos de morir se acrecen
en holocausto á sucumbir se arroja:
crudos tormentos á Alenzon ofrecen
los infortunios del francés; le enoja
la vida que salvó; su afrenta mira,
y á poco al peso del dolor espira.

CIX.

Con dos valientes á Ruy-Gomez cabe
prender á Enrique de Navarra; un día
hallarse libre con su astucia sabe:
mas funesta es allí la suerte impia
al príncipe de Escocia; el riesgo grave
huye y liando en el infame guía
la bárbara impiedad del vil se atreve
á marchitar su juventud, aleve.

CX.

Mas cese, oh Musa, mi cansion: con pena
del galo dice el infortunio insano
que estremeció las márgenes del Sena,
después del himno del triunfo hispano:
no por cobarde en la campal arena
rindió sus armas, que al blandir su mano
el acero cruel, como cumplía
á su fama, mostró su bizarria.

CXI.

¡Gloria al hispano! en donde quier lo llama
su honor herido, su renombre eleva:
el grito oíd que su ardimiento inflama
en las ásperas cumbres del Auseva:
de Filipo mirad el oriflama
como triunfante en San Quintín renueva
contra el francés en su rencor no estinto,
el glorioso laurel de Carlos Quinto.

XCII.

Mirad el rayo que en su enojo emplea
para herir en la frente aquel coloso
que en las llanuras de Bailén pelea:
¡Siempre invencible! Del muslin sañoso
á la injuria, mirad: su sangre humea
aun en el campo de la lid glorioso;
y al pié del Atlas donde fué vencido
del triunfo el clamor no se ha extinguido.

CXIII.

¡Gloria, pues, al hispano! Si algún día
su acero á requerir mueve la ofensa,
¡oh génio inspirador de la voz mía,
al agravio tu cólera suspensa
renovará los lauros que en Pavía
le diste al vencedor: victoria inmensa
que en áureas letras grabará la historia
de mi pátria feliz para memoria.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

Quinto se discurre en la vida de los
suos por donde se han de entender
el estado de la vida que se ha de
en las cosas que se han de
de la vida que se ha de
como se ha de
con el estado de la vida que se ha de
el estado de la vida que se ha de

Quinto se discurre en la vida de los
suos por donde se han de entender
el estado de la vida que se ha de
en las cosas que se han de
de la vida que se ha de
como se ha de
con el estado de la vida que se ha de
el estado de la vida que se ha de

Quinto se discurre en la vida de los
suos por donde se han de entender
el estado de la vida que se ha de
en las cosas que se han de
de la vida que se ha de
como se ha de
con el estado de la vida que se ha de
el estado de la vida que se ha de

Quinto se discurre en la vida de los
suos por donde se han de entender
el estado de la vida que se ha de
en las cosas que se han de
de la vida que se ha de
como se ha de
con el estado de la vida que se ha de
el estado de la vida que se ha de

LA BATALLA DE PAVÍA.

*Orgullo sea de mi patria amada
el recuerdo de gloria ya pasada.*

El tiempo tras el tiempo se atropella
en su carrera rápido siguiendo,
y nada deja, su potente huella
los antiguos poderes destruyendo;
del hombre la altivez las piedras sella,
mas de musgo tambien las va cubriendo;
porque del tiempo la invisible mano
todo lo vá sumiendo en el arcano.

Todo, todo en la tierra transitoria
al peso de la edad, ¡ay! se derrumba:
pero siempre nos queda en la memoria
lo que pasó, sin que jamás sucumba
el recuerdo en nosotros; que la historia
nunca puede encontrar la triste tumba:
se trocarán en polvo las naciones,
pero eternas serán sus tradiciones!...

Sombras de ayer! que vagas é incoloras
pasar os veo por la mente mia,
¡genio inmortal! que los recuerdos doras
vistiéndolo de mágica armonía
y en tintes mil al alma los coloras
confundido en un mar de fantasía,
aliento dadme! que cantar yo quiero
las hazañas y prez del pueblo ibero!

A mi lira prestad grato sonido
para que suma en éxtasis el alma,
y anonadada en apacible olvido
del delicioso son goce en la calma;
lejos aquí del terrenal ruido
al blando arrullo de la escelsa palma
que tantos héroes conquistar supieron,
y que su sangre al fecundarla dieron.

Dejad que vuele el pensamiento mio
á ese alcázar feliz de los laureles,
para que yo en mi loco desvario
con los colores del divino Apeles
en este canto misero que envío
le describa con mágicos pinceles,
y orgullo sea de mi patria amada
el recuerdo de gloria ya pasada.

Crugió de Marte el carro, resonando
el horrendo fragor que al mundo aterra
y los espacios rápido cruzando
bajo sus piés la turbulenta guerra
al sonido fatal se fué agitando;
y estremeciósse por do quier la tierra,
y sus cimientos con terror temblaron
y los rios en sangre se bañaron.

Y la mar que en su lecho se adormía
como sus lindes reventar queriendo
violenta masa se arrolló bravía
en sus senos horrisonos mugiendo,
y con salvaje y áspera armonía
las rocas y la orilla fué venciendo,
que nada ataja su iracundo empuje
si con furor en la tormenta ruje.

.....
Llegó una noche lóbrega y oscura,
nada el silencio funeral turbaba...
imagen de la triste sepultura,
entre nubes la luna se ocultaba;
y allá de la enramada en la espesura
el vago viento apenas zuzurraba;
que todo,... todo en soledad yacía;
solo lejana voz la interrumpía.

La penetrante voz que el alma hiela
del soldado sumido en el reposo,
el alerta que lanza el centinela
y que acaso turbó sueño dichoso,
que ese grito perdido del que vela
hace temblar el pecho valeroso,
y al despertar cual preso del recelo
las armas alza el adalid del suelo.

Allá se extiende un ancho campamento
dó de la Francia ondean las banderas
á la merced del sosegado viento,
ora ya desplegándose ligeras
ora arrollándose: al fulgor violento
y cárdeno que lanzan las hogueras
por la fatiga del luchar cansados
en el sueño reposan los soldados.

Y mas lejos asoma el alta torre
de una ciudad de muros circundada,
á cuyas plantas murmurando corre
del Tesin pura linfa, que argentada
la campiña feraz ráuda recorre
sin que á su paso le resista nada. (1)
Porque en vano en sus márgenes sitia
el galo altivo la inmortal Pavia.

Y mas allá se asientan los reales
do ondean de Castilla los pendones,
y del Austria las armas imperiales
unidos entre sí los dos blasones.
De pronto órdenes dán los generales,
muevense por do quier los escuadrones,
en el silencio de la noche avanzan
y al hostil campo con furor se lanzan.

Allí se precipitan con denuedo,
y el ansia de luchar la faz asoma
libre del pecho el pasajero miedo,
rauda la hueste las trincheras toma,
despierta el galo, en tanto que Salcedo
del parque el fuerte murallon desploma
y el impetu resiste con empeño
el enemigo al sacudir el sueño.

(1) «El rio Tesin, á distancia de una milla mas arriba de la ciudad, se divide en dos brazos, que á igual distancia por la parte inferior vuelven á juntarse. Uno de estos brazos baña las murallas, y otro, *Grabalon*, forma una isla frente de Pavia. El designio del Rey era hacer entrar todo el rio en el *Grabalon*, á fin de apoderarse de la ciudad por aquella parte donde el mismo rio le servia de muro. Trabajaron en esta obra los soldados en mucho número; pero habiéndose concluido á mediados de Noviembre, creció el rio extraordinariamente con las continuas lluvias que cayeron, y como se le lignase de estar encerrado, deshizo y arralló todos los diques, y volvió á seguir su antigua corriente.» (Mintana, continuación de la historia de España del Padre Mariana.)

El humo inmenso por los aires hiende,
y del cañon el fogonazo brilla,
el bélico rumor do quier se estiende;
el terso acero en sangre se mancilla,
rojo el Tesin su curso ya no emprende
amedrentado al contemplar su orilla,
y vacilante entre las densas nieblas,
la faz del sol disipa las tinieblas.

¡Cuánto casco y broquel diseminado,
y cadáver por tierra desparecido!
¡Miseros!! ¡cuántos hombres han lanzado
del corazon el postrimer latido,
impulso que la puerta ha quebrantado
de la region eterna del olvido!
porque su gloria el adalid eleva
con el estrago que en su brazo lleva!

Francisco el de las lises, altanero
se arroja con furor en el combate,
blandiendo al aire su pujante acero
del fogoso corcel al rudo embate,
y entre mil lanzas se confunde, fiero
mas y mas apretando el acicate
que arde en su seno el ansia destructora,
y la sed de venganza le devora.

Vacila la imperial caballería,
á la defensa en vano se prepara,
que el enemigo vence su osadía
y en aciaga derrota se declara;
pero Leiva saliendo de Pavia
a socorrerla acude con Pescara,
y del campo se aclaman ya señores
los vencidos tornando á vencedores.

El hispano tras ellos acomete,
y con tenaz empeño les alcanza,
y ruedan el caballo y el ginete
à los sañudos golpes de la lanza,
y resuenan las balas del mosquete,
el vencedor en su carrera avanza,
y con horrendo enojo les embiste
y el enemigo el choque no resiste.

—
¿No visteis vacilar torre elevada
su base al sacudir el terremoto
y caer con estruendo desplomada?
asi el almete ya abollado y roto
del rey de Francia à la tajante espada
y en su sangre bañado, Castrioto
de su corcel al suelo va rodando
la pesada armadura rechinando.

—
Lanzando fuego sus brillantes ojos,
cárdeno el lábio, de venganza en ira
y los dientes crujendo, en sus enojos
al ver muerto al caudillo, rauda gira
el aleman, y siembra mil despojos,
entre las balas hácia el Rey se tira,
y allí la lucha en remolino crece
y con nubes de polvo se oscurece.

—
Del monarca en defensa, el pecho fuerte
el fiel vasallo al español presenta,
y maldiciendo Bonivet su suerte
ahogar con sangre la memoria intenta,
y en el arma letal busca la muerte:
que el pasado recuerdo le atormenta; (2)
llega silbando pasagera bala
y lanzando un quejido el alma exhala.

(2) «El Rey precipitado por su fatal destino, solo daba oídos à Bonivet, que con una especiosa arenga le incitaba à pelear, y ora tanto su influjo y poder que no hacia el Rey cosa alguna de importancia que no fuese segun su dictamen.» (Miniana, historia de España, continuacion de la del Padre Mariana.)

Y sigue encarnizada la pelea,
todo es furor, bullicio y movimiento,
la espada entre el tumulto centellea
como del rayo el brillo macilento;
el pendon de la *lis* altivo ondea,
mas ¡ay!, al choque súbito y violento,
por el suelo en harapos convertida
yace entre inmundo lodo confundida.

Lanza de pronto el Rey grito salvaje
y los hijares con la espuela aprieta
y la rienda abandona con coraje
sin que el caballo herido se someta,
y acude á demandarle vasallage
el héroe de Vizcaya, el gran Urbietta
y el que de régia púrpura se viste
á un oscuro soldado no resiste.

Y por la rabia torva la mirada
que cruza por do quier sombría y fiera,
la enjuta mano con temblor crispada,
su suerte el prisionero considera;
mas confundida el ánima en la nada
la triste realidad juzga quimera;
en tanto del soldado el rostro rudo,
estupefacto le contempla mudo.

Atónito y confuso el pensamiento,
apena alcanza á comprender su estado;
de sorpresa con leve movimiento
clava entonces su vista en el soldado;
y ya con languidez y abatimiento
la altiva magestad ha abandonado;
mas recuerda su cuna soberana
y vuelve á levantar la frente ufana.

El eco sordo de los montes suena,
los vencedores por do quiera gritan,
herido el bronce cóncavo resuena
y las campanas sin cesar se agitan;
por los espacios el cañon atruena,
los vencidos su fuga precipitan,
y con pavor al río se abalanzan
y al agua con estrépito se lanzan.

Y pugnan por salir, tienden los brazos,
y con el ansia cruel de la agonía
pretenden desatar los fuertes lazos
que traidora tendió la muerte impía;
mas del crecido río en los ribazos
con los juncos se agarran á porfía,
que débiles al peso se desgajan
y á lo profundo de las ondas bajan.

Con altivez siniestra, enrojecido
el sol se ha despeñado en Occidente;
y al vagar el crepúsculo perdido
la luna asoma la enlutada frente;
ya en la llanura no resuena el ruido,
no se escucha la voz del combatiente,
ni el bélico rumor, ... todo ha cesado
que ya la noche fúgubre ha llegado.

Melancólicos rayos se desprenden
de la luna, y las aves alimañas
con fúnebre graznar los aires hienden
saliendo de las ásperas montañas;
ya se ciernen, ya rápidas descienden
y roen de los muertos las entrañas,
la dura garra con furor clavando
y los sagrientos miembros devorando.

.

Pero la noche tétrica fenece
á la luz nacarada y matutina,
y la antorcha del mundo se aparece
y monte, llano, y mares ilumina.
Ese sol que tan puro resplandece
que á la celeste cumbre se encamina
es el poder de España que blasona
ciñendo de dos mundos la corona.

.

Se abre la mar á la veloz galera,
y á los pujantes remos impelida,
hiende la proa mas y mas ligera,
la blanca vela por el viento henchida:
la corona de Francia prisionera
en su seno la nave dá cabida,
y en lo mas elevado, los juanetes
ostentan sus vistosos gallardetes.

—

Ya se divisa envuelta por la bruma,
sus contornos la lona va formando,
y por las aguas como débil plumá
hacia el puerto anhelado va avanzando.....
—El ancla ya cayó, entre la espuma
al hondo abismo rápida bajando,
en tanto que su peso en pós resuena
el cansado rodar de la cadena.

—

Y se detiene la tajante quilla
que en lo profundo el áncora se aferra;
y al abordar en estrangera orilla
el Rey cautivo en la cruenta guerra
con abandono la cerviz humilla
ante el poder mas grande de la tierra,
que con suprema magestad se encumbra
y á las naciones su fulgor deslumbra.

El orbe todo por la patria mia
en sólio soberano se levanta,
dulce el ave le presta su armonía
y sus victorias en la selva canta:
la fuente el blando murmurar le envía,
y en el abismo allá deja su planta,
la catarata con fragor se quiebra
y de la lid al vencedor celebra.

Del ola leve el plácido murmullo
cuando apacible sus orillas baña
quizás es misterioso y vago arrullo
que alza sonora á la triunfante España,
y en su dulce lenguaje con orgullo
de sus hijos recuerda heroica hazaña,
y por la playa al estenderse lenta
con las arenas sus victorias cuenta!!

.

NILO MARÍA FABRA.

Á LOS MÁRTIRES DE SIRIA.

ODA.

¡Siria! tierra de flor, donde afanoso
el triste peregrino se encamina,
para cumplir su voto religioso
en la sacra y hermosa Palestina.
¡Siria!..... ¡ledo pais!..... pais dichoso,
que de Dios escuchó la voz divina,
cuando llena de paz y amor profundo
dió la sublime redencion al mundo.

Al tiempo que la aurora refulgente
nos brinda de su púrpura el tesoro,
mostrando à Siria la encendida frente,
el sol la baña con sus rayos de oro.
Edenpreciado del soberbio Oriente,
es del Oriente sin igual decoro,
donde el viajero con asombro mira
los restos mutilados de Palmira.

Tiene á la par de cálidos desiertos,
montañas, que se elevan á porfía,
y ricos prados de verdor cubiertos
con sazonados frutos de valía;
y de sus bellos y encantados huertos,
donde vaga un ambiente de ambrosía,
fecundizan las fértiles llanuras
del bíblico Jordan las linfas puras.

Mas en ese pais privilegiado,
aromoso vergel, lleno de hechizo,
donde se goza clima regalado
y resbala el invierno sin granizo,
retiembla con fragor el suelo airado,
lanza el volcan su resplandor rojizo,
y reinan plagas y funesta peste,
abortos de la cólera celeste.

Tal vez en él la Soberana mano
fieros estragos con rigor concita,
porque junta un espíritu profano
al católico templo la mezquita:
porque el rudo y altivo mahometano
escarnece al humilde maronita
y ruge el Alcoran cuando levanta
el Evangelio su palabra Santa.

Hoy, como el eco de infernal orgía
que del averno la mansion atruena,
algazara de estúpida alegría
en la falda del Libano resuena;
es de los druzos, cuya turba impía
de vil rencor y de perfidia llena,
corvos alfanges en su furia loca
afla con afan de roca en roca.

No respetó su bárbara osadía
la súplica de virgen pudorosa,
ni el triste llanto que en raudal vertía
de hinojos puesta la dolida esposa:
ni la madre que al seno sostenía
el delicado infante cariñosa,
ni el candor de la tierna adolescencia,
ni del débil anciano la impotencia.

Todo cayó bajo el cortante acero
de la torpe falange licenciosa,
cual las galas de campo placentero
al soplo de tormenta impetuosa:
y la caterva, que en delirio fiero
nuevas víctimas hoy busca afanosa,
con insaciable sed recorre en vano
el alto monte y el tendido llano.

Y ese cuadro de horror, donde se ostenta
la roja tinta de la sangre humana,
un ciego fanatismo representa,
que fiel la historia juzgará mañana:
à las potencias de la Europa afrenta,
y oprobio y mengua de la fé cristiana,
nublándole su luz con denso velo
insulta la razon, insulta al cielo.

¡Oh mártires sublimes y gloriosos!
en áras de creencia dulce y santa,
vuestras frentes doblásteis presurosos
del furibundo infiel ante la planta:
¿En qué fuente bebisteis venturosos
tanta inspirada fé y humildad tanta?
¿Dónde aspirásteis el aliento fuerte
vencedor del tormento y de la muerte?

Dijisteis, reprimiendo el triste llanto:
«¡Oh! recordemos la ciudad deicida,
»donde el Cordero inmaculado y santo
»entre angustias crueles dió la vida:
»y antes de unirnos con menguado espanto
»á la airada cohorte fermentida,
»de la ignominia del pecado ajenos
»suframos el martirio como buenos.

Si: que visteis brillar en lontananza
una aurora magnífica y riente,
hermosa luz de mágica esperanza,
que á otro mundo mejor alza la mente:
y ¡ay del que ciego su fulgor no alcanza!
¡ay del protervo que la fé no siente!
y en revuelta fantástica quimera
sin rumbo sigue su vital carrera.

Virtud cristiana, misterioso aroma
que prestas al espíritu consuelo,
luz donde el alma su pureza toma,
ansiosa de gozar la luz del cielo:
tú, cuando sangre la pagana Roma
vertió á torrentes con profano celo,
con la fé, que tu luz al pecho envía,
firmeza diste al que por ti moría.

El tremendo rugido de la fiera,
que en el rotundo circo se lanzaba,
ni la rojiza llama de la hoguera,
que el pueblo en sus furores agitaba,
ni los suplicios, que de horror vistiera
el tirano Neron, cuando anhelaba
saciar su instinto de piedad exento
arreciando lo crudo del tormento;

Nada pudo eclipsar tu clara lumbre,
nada empañó tu célica pureza,
y atónita miró la muchedumbre
de tus siervos la grande fortaleza.
Tú brotaste del Gólgota en la cumbre;
y al influjo feliz de tu belleza,
como cedros, que al rayo sucumbieron,
los venerados idolos cayeron.

Tú tambien de los mártires que canta
mi ruda lira en rebatados sonos,
con tu eterna verdad sublime y santa
inflamaste los nobles corazones;
y como rocas que jamás quebranta
el bravo mar, tan ínclitos varones
sostuvieron de Dios el almo culto
entre el furor del popular tumulto.

¡Oh víctimas de estúpidos furores!
¡Víctimas que inmoló torpe delirio!
¿quién miró con piedad vuestros dolores
y os arrancó del bárbaro martirio?
con sollozos y tétricos clamores
hicisteis conmoverse al suelo sirio,
mas nadie os consoló; vuestro lamento
quedó perdido en la region del viento.

Si en esta edad de errores combatida
tan insólita afrenta no es vengada,
vuestra sangre jamás será perdida,
ni en los futuros siglos olvidada:
que su inmenso reguero ha dado vida
al árbol de la Cruz inmaculada,
siendo vuestro martirio sin segundo
ejemplo insigne que legais al mundo.

¿Qué se hicieron los fuertes paladines,
que á defender la Cruz ráudos volaron
del anchuroso mundo á los confines
y á sus plantas el triunfo encadenaron?
de la raza que al son de los clarines
hazañas hizo en Siria que asombraron,
solo resta la plácida memoria,
que inspira al trovador cantos de gloria.

¡Ah! que despierte la dormida Europa,
y en bélico ardimiento arrebatada,
lance al Oriente su guerrera tropa
á levantar su religion postrada.
Sangre de justos en horrenda copa
bebiera el druso con sonrisa helada,
y esa sangre purísima, inocente,
de sangre del infiel pide un torrente.

Mas ¿qué tropel, que el entusiasmo alienta,
se adelanta de Siria en el camino,
y sin temer fatídica tormenta
á las olas confía su destino?
Es el glorioso ejército que ostenta
el laurel inmortal de Solferino;
son de Francia las águilas rapantes,
valerosas do quier, do quier triunfantes.

Sí, ellas son: desde el undoso Sena
ráudas tendieron su gigante vuelo,
para cernerse en la region serena
que cobija la cuna del Carmelo:
es la hueste imperial, que de fé llena
y respirando generoso anhelo,
hácia el Oriente presurosa avanza,
clamando con fervor: «guerra y venganza.»

Guerra! donde el invicto Godofredo,
desplegando su escelsa bizarria,
blandió el acero con sin par denuedo,
hollando del infiel la saña impía.
Guerra! donde sembró perenne miedo
del cruzado la noble valentía,
y que logren los galos por fortuna
en fragmentos romper la media luna.

JOSÉ MARIA JIMENEZ.

EXÁMEN RAZONADO

DE LAS

PRINCIPALES BELLEZAS QUE CONTIENE

LA OBRA DEL TASSO,

LA GERUZALEMME LIBERATA.

*Colla penna e colla spada
Nessun val quanto Torquato.*

(Cancion popular de Ferrara)

Cuando la Europa conmovida se levantó en masa al grito de alarma de Pedro el Ermitaño para llevar á las llanuras del Asia el fuego inagotable de su entusiasmo y de su fé, y mas tarde cuando el estandarte de la cruz ondeaba victorioso sobre los muros de la Ciudad Santa, la cristiandad entera tenia sus miradas fijas sobre el Oriente, considerando á las Cruzadas, no ya como empresa exclusiva de una determinada nacion, sino como epopeya sublime de una religion inmortal. El legítimo orgullo de los primeros triunfos y la dolorosa impresion de los últimos desastres estaban intimamente grabados en la conciencia universal, para que pereciesen con el transcurso de los siglos: desde luego se adivinaba que sería imperecedero su recuerdo, porque las conmociones políticas no son bastantes á arrancar del libro de la humanidad una de las páginas mas bellas de su historia. Hubo un Homero en los antiguos tiempos que pobre, ciego y errante por los helénicos campos, trasladó á la posteridad con cantos eternos el sitio y destruccion de la famosa Troya, y tambien á la

edad moderna y á la modesta Sorrento cabe la gloria de haber mecido la cuna del hombre destinado por la Providencia para inmortalizar la memoria del sitio y toma de Jerusalem. Pobre el Tasso como Homero y mas desgraciado que él, alcanzó solo en su viviente la palma del martirio en vez del laurel del triunfo á que tenia un indisputable derecho, y cuando en los últimos momentos de su vida tratóse de hacerle justicia, «la muerte se encargó de presentar á la fama en el Capitolio las lividas sienes de un cadáver para ceñir á ellas una inmarcesible corona de gloria.» El hombre que desde el hospital de Santa Ana, víctima de la ingratitud y de la envidia, rebatía las apasionadas invectivas de los Académicos de la Crusca, llenando al mundo de admiracion con sus inspirados versos, si estaba loco, fuerza es confesar al menos que su locura era sublime.

Cien y cien veces habia leído en los primeros años de mi juventud las páginas inmortales del cantor de la antigua Elia con esa veneracion y ese profundo respeto que se siente en presencia de todo lo grande. Siempre habia juzgado que á mí no me correspondia sino admirar y repetir aquellas lindísimas estrofas, y estaba muy lejos de creer habia de llegar un dia en que, ciñéndome á un tema, debiera indicar y examinar las principales bellezas de la obra primera del inspirado vate, de la Jerusalem liberada. Hoy la eleccion me acobarda, y de buen grado retrocederia en mi audaz empresa. Si Chateaubriand se avergonzaba de emborronar papel despues que un hombre habia escrito los versos sublimes de la *Athalia* (1), ¿con cuánta mas razon debo yo lanzar la pluma lejos de mi mano? Me creo tan pequeño ante el genio colosal de Tasso, como el débil grano de arena ante la inmensa pirámide de Egipto, como el blanco copo de nieve ante la terrible avalancha que desciende del polo.

En 1580 publicóse sin conocimiento de Torcuato y sin darle la última correccion la primera edicion de su poema y en breve recorrió la Italia, suscitando un número considerable de críticos severos é injustos detractores, entre esa clase de hombres para quienes es siempre una falta imperdonable el talento, cuando los deslumbra con sus rayos. Salviati, Uganelli y la Academia de la Crusca, por medio de su Secretario Sebastian de Rossi, fueron los mas encarnizados enemigos del Tasso, y hasta el hombre ilustre, que entre las tinieblas de un calabozo sentia al mundo moverse bajo sus piés, escribió tambien una censura con la que solo consiguió demostrar que no poseia en literatura los vastos conocimientos que tenia en las ciencias exactas. Criticáronse ásperamente el plan, los episodios, el estilo, los caracteres y hasta la intervencion en el poema de seres sobrenaturales, como si la pureza de los sentimientos, la santidad de la moral y la grandeza y esplendor de las ideas no se encontrasen á la vez sostenidas por la nobleza de las

(1) Chateaubriand.—Itinerario, pag. 113.

espresiones. Creo inútil detenerme hoy á analizar las criticas mas ó menos duras de que fué objeto la Jerusalem libertada, porque la posteridad ha dictado ya su fallo irrevocable, y aquellas solo sirvieron para realzar su gloria.

Considerada la obra en conjunto, se nota á primera vista que, asi como el Tasso para la concepcion de su pensamiento recurrió á la grandiosa empresa que se destaca de la historia de la edad media, la mas fecunda quizás en espiritu religioso, en recuerdos inolvidables, en ideas caballerescas, en vastísimos designios y en inminentes riesgos, y la mas rica por lo tanto en inmensos resultados, del mismo modo para el brillante desarrollo de su feliz eleccion, tuvo á la vista dos célebres modelos tan dignos de admiracion como dificiles de imitar: la Iliada y la Eneyda. Verdad que su obra supera á esta última en determinados pasajes, pero no por eso se deja de conocer que el Tasso, antes de escribir su poema, habia estudiado detenidamente el del Cisne de Mantua. Por la belleza del conjunto y el interés que inspira ha sido considerado mas próximo á Homero que el mismo Virgilio, quien se quedó atrás en el plan, en el desarrollo y orden del mismo y en la naturaleza del pensamiento y del objeto. Los dos héroes del poema épico en cuya concepcion se han distinguido mas la antigüedad literaria y la moderna literatura son el Aquiles de la Iliada y el Reynaldo de la Jerusalem. Eneas en el célebre poema á que dá nombre rara vez, nos presenta destellos admirables de pasion, su accion degenera en lánguida y á veces en frialdad indisculpable. El verdadero modelo de un general en aquellos tiempos es el Godofredo que nos pinta el Tasso. Es cierto que en su eleccion tuvo necesidad de faltar en cierto modo á la verdad histórica, porque en la primera cruzada no se armaron los reyes, y no hubo una voluntad de la que dependiesen las demás, pero este fué un sacrificio hecho á la unidad proclamada por Virgilio. El combate de Reynaldo y Soliman y el en que recibe la muerte el feroz Argante de manos del generoso Tancredo recuerdan á la imaginacion los brillantemente descritos de Héctor y Patroclo, de Aquiles y Héctor; y asi como la série de prolongados encuentros de la Iliada empieza con el particular de Menelao y París, principales motores de la contienda, en el cual intervienen los Dioses para interrumpirlo, pues su resolucion deberia poner término á la guerra, de la misma manera una intervencion sobrenatural del ángel de las tinieblas desde los muros de Sion y del arco de Oradino la flecha destinada á interrumpir en el acto el combate de Argante y del conde Raymundo cuyo resultado, cualquiera que fuese el vencedor, deberia arrebatar una no pequeña parte de la belleza del poema. En resumen, se admiran en el Tasso sus grandes cuadros, sus gigantescos caractéres, sus episodios de vivísimo interés, sus descripciones llenas de fuego y de verdad, sus creaciones maravillosas y fantásticas, la elocuencia del sentimiento y la inmensidad de la pasion que hacen de la Jerusalem un mundo lleno de alma, de luz y de vida. Tan popular se ha hecho

su poema que sus bellísimas estrofas son los primeros acentos que hieren el oído del extranjero en las orillas del Tiber, en las playas de la Mergellina ó en las góndolas de Venecia. Ariosto tal vez le disputa hoy la supremacía como Corneille á Racine, como Cicerón á Demóstenes, pero esto no debe extrañarse, «porque el genio, como dice un modesto escritor, á semejanza de todos los poderes conquistadores, divide á los hombres subyugándolos, y nadie consigue tener súbditos sin tener á la vez enemigos. (1)»

Por donde quiera que se abra la obra inmortal del Tasso se encuentran bellísimos conceptos expresados en sonora y correcta poesía. La tierna y suave melancolía de su carácter se halla á veces tan derramada en determinadas estrofas, que involuntariamente se siente el corazón oprimido de una misteriosa languidez que deleita nuestro espíritu. En el Orlando de Ariosto y en la Jerusalem del Tasso se notan dos sentimientos predominantes y opuestos: en el primero se vé retratada la época de los Médicis con la embriaguez de los amores y el ardor impetuoso de la vida; en el segundo el recuerdo cristiano de las Cruzadas, la impresión de la fe y la severidad de los principios. Aquel nos seduce, fascinando nuestra imaginación, este nos deleita, impregnando de dulzura nuestra alma.

Concretándome al tema, indicaré muy ligeramente algunos pasajes de la Jerusalem que han merecido mi predilección; ora por los pensamientos que abrazan, ora por el modo de expresarlos, pero repito en este lugar que me acobarda la elección entre el número considerable de estrofas que podrían citarse.

En el canto 2.º se encuentra el tierno episodio de Olindo y Sofronia, tan injustamente censurado por poca conexión con la acción principal del poema. A más de los bellos versos en qué abunda, sirve para indicar que el rapto de la imagen fué causa del destierro de los cristianos que estaban en Jerusalem, muchos de los cuales engrosaron de este modo el ejército de la cruz; é interesa vivamente en favor de Clorinda, bosquejando una de las más hermosas figuras del cuadro. Si parece que en tan supremos instantes son superiores á la naturaleza humana las palabras de Olindo:

duolmi il tuo fato;
il mio non già, poich'io ti moro á lato,

recuérdese que Séneca en su Agamenon hace decir á Clitennestra.

Mors misera non est commori cum quo velis,

y recuérdese también el memorable ejemplo de Arria, ilustre romana, que, viendo á su marido condenado á muerte por Claudio, tomó en la mano un puñal, hirióse mortalmente y trasladólo después

(1) La Harpe.—Curso de literatura, tomo 1.º, pág. 435.

á su esposo diciéndole:—«No me duele mi herida, sino la que tú te harás,»—cuyo suceso nos ha conservado Marzial en el siguiente epigrama:

Si qua fides, vulnus quod feci, non dolet, inquit,
Sed quod tu facies, hoc mihi, Paete, dolet.

En el mismo canto la penúltima octava que empieza

Era la notte, allor ch' alto riposo

es una bellísima y feliz imitación de Virgilio, cuando dice en la Eneyda:

Nox erat, et placidum carpebant fessa soporem. (1)

Otra imitación no menos admirable encontramos en esta bellísima estrofa del canto 3.º:

Ali ha ciascuno al core ed ali al piede,
Né del suo ratto andar però s'accorge:
Ma, quando il sol gli aridi campi fiede
Con raggi assai ferventi, e in alto sorge,
Ecco apparir Gerusalem si vede,
Ecco additar Gerusalem si scorge;
Ecco da mille voci unitamente
Gerusalemme salutar si sente.

Con igual cadencia pero con menos estro poético había dicho antes Virgilio:

Jam procul obscuros colles, humilemque videmus (2)
Italiam, Italiam primus conclamat Achates;
Italiam lacto socu clamore salutant.

En el libro 5.º cuando Godofredo replica á Tancredo, que en vano aboga por Reynaldo para atenuar la sentencia dictada contra él por la muerte del osado príncipe noruego, en los dos pareados de la estancia 37:

Sceltro impotente e vergognoso impere:
Se con tal legge è datto, io più nol chero,

se retrata de una manera sorprendente la noble indignación del

(1) Virg. En. 1. 4. vers. 521.

(2) Virg. En. 1. 3. vers. 121

general, del héroe supremo, que prefiere resignar el mando, á ver su autoridad hollada por los desmanes de sus súbditos.

Otro de los pasages mas interesantes del poema es la fuga de Herminia, que, disfrazada con las armas de Clorinda, vuela al campamento cristiano para adquirir noticias de su amado. Todas las estrofas de este tiernísimo episodio están impregnadas de la dulzura celestial que baña el carácter de la infeliz y destronada princesa de Antioquía. Júzguese de ella por la siguiente, vertida á nuestro idioma de la traduccion hecha por el inspirado autor de los Mártires (1):

«Reinaba aun la noche, ninguna nube oscurecia su frente,
«adornada de estrellas; la naciente luna derramaba su dulce claridad; la enamorada hermosura toma al cielo por testigo de su amor, y el silencio y los campos son los mudos confidentes de su pena.»

El canto 7.º que es indudablemente uno de los mas felices del poema, empieza con esta brillante estancia:

Intanto Erminia infra l' ombrose piante
D' antica selva dal cavallo è scorta;
Nè più governa il fren la man tremante,
E mezza quasi par tra viva e morta,
Per tante strade si raggira e tante
Il corridor che 'n sua balia la porta,
Ch' alfin dagli occhi altrui pur si dilegua;
Ed è soverchio omai ch' altri la segua.

Las dos siguientes octavas son á cual mas bellas, y con especialidad la última, patética imagen que con admirable exactitud representa el estado de una tierna doncella amante, desolada y fugitiva.

Como digno contraste de la dulzura de las anteriores estrofas, se admiran despues en el mismo canto las que refieren la llegada de Tancredo al encantado castillo de Armida y el combate que sostiene con el apóstata Rambaldo. No se puede dar una mas bella pintura de la ira que la estancia 42, cuyos dos pareados dicen así:

E fuor della visiera escono ardenti
Gli sguardi, e insieme lo stridor de 'denti.

En la octava 78 del mismo canto es tambien patética y sublime la plegaria que el anciano conde de Tolosa dirige al Eterno, cuando acepta por Tancredo el reto del feroz Circasiano, aludiendo á

la piedra que en el valle de Terebinto humilló la locura y la soberbia del impío Goliath.

El libro 8.^o puede decirse que empieza con el episodio de la derrota y muerte de Suenon, contada por el caballero danés. En todo este relato, estrictamente ajustado á la historia, (1) están retratados perfectamente el entusiasmo caballeresco y el espíritu religioso que condujo á los cruzados á las llanuras de la Palestina. Si es á la verdad sublime en el poema el legado de su espada que hace el príncipe de Dinamarca en los últimos momentos de su vida, es porque es grande en la historia este acontecimiento é imperecedero su recuerdo. No fué transferida aquella á Reynaldo, como supone el Tasso, pues es bien sabido que este es un personaje ideal, lo fué al héroe invicto que ciñó después á sus sienes la corona de Jerusalem.

En la relación del mismo desastre no pueden expresarse con mas valentia el furor y los estragos del intrépido Suenon, que lo hace el poeta en los dos pareados de la estrofa 19:

E dovunque ne va, sembra che porte
Lo spavento negli occhi, e in man la morte.

Las primeras octavas del canto noveno describen con admirable galanura y correcta dicción la furia terrible de los séres del abismo. En la primera con un atrevido rasgo está fielmente marcado el carácter de Aletto á cuyo paso *sécense los campos y palidece de repente el sol*. Tal impresión causan las palabras de este monstruo en el ánimo del Sultan, que para expresar su impetuoso ardor se vale el Tasso de las cuatro bellísimas comparaciones de la siguiente estrofa:

Corre innanzi il Soldano, e giunge á quella
Confusa ancora e inordinata guarda
Rápido sí, che torbida procella
Da' cavernosi monti esce più tarda.
Fiume, ch' arbori insieme e case svela;
Fólgore che le torri abatta ed arda;
Terremoto, che 'l mondo empia d' orrore,
Son picciole sembianze al suo furore.

Al principio del canto duodécimo, poseida Clorinda de un deseo ferviente de igualar con sus memorables hechos de armas los de Argante y Soliman, resuelve salir á media noche de los muros de Sion, y en una mano la espada y en la otra una tea, incendiar la torre de los sitiadores. En vano para disuadirla de este propósito, siguiendo la inspiración de un secreto presentimiento, invoca

(1) Guillermo de Tiro. Hist. de las Cruzadas, lib. 4.^o cap. 20.

el fiel eunuco Arsete su cabellera encanecida en su servicio y el recuerdo de sus cuidados. Nada basta á hacerle retroceder en su audaz proyecto, por cuya razon el fiel anciano se vé obligado á revelar su nacimiento, las circunstancias misteriosas que en él concurrieron y la religion de su madre. No es posible imaginar un episodio mas elegantemente descrito que aquella revelacion, cuyo patético relato está tomado de un romance etiópico de Eliodoro, griego y elegante escritor que fué obispo de Trica en Tesalia y murió á fines del siglo IV de nuestra era. Cuanto en este se refiere relativo á Cariclea fué aplicado por el Tasso á su Clorinda, mejorando y embelleciendo el carácter de su heroina, como nos hace observar Row en una de sus cartas sobre la Jerusalem. (1)

No obstante la honda impresion que las palabras de Arsete hicieron en la princesa de Etiopia, arrastrada esta por un destino fatal, sale al campamento y encuentra á Tancredo, empeñándose entre ambos el combate que empieza con la oportuna y brillante invocacion á la noche de la estrofa 34, y concluye con la muerte de Clorinda á manos del hombre, que hubiera cien veces prodigado su vida por salvar la de aquella. El triste desenlace de este episodio es la mas hermosa ficcion que ha tenido vida inmortal en la fantasia de un poeta. Es á la verdad sublime la escena de Clorinda moribunda que pide el bautismo y que le administra Tancredo, con el agua de un manantial, que *no lejos de allí se desliza murmurando*. Esta fuente fué sin duda, como nos hace observar un crítico moderno, la que en vez de la Castalia invocó Milton al principio de su poema. (2)

Desesperado Tancredo y henchido el corazon de la mas acerba amargura, llama á su amada en la estancia 90 con una voz desfallecida.

Lei nel partir lei nel tornar del sole,
feliz imitacion de Virgilio en su conocido verso

(1) The Gentleman's Magazine, vol. 84 pag. 85.

(2) Or if Sion-hill.
Delight thee more and Siloa's brook that flow'd
Fast by the oracle God.
cuya traduccion ha hecho Delille en estos hermosos versos:
Toi donc qui, célébrant les merveilles des cieux
Prends loin de l'Helicon un vol audacieux
Soit que, te retenant sous ses palmiers antiques
Soit que, chantant le jour où Dieu donna sa loi
Le Sina sous tes pieds tressaille encor d'effroi
Soit que, près du saint lieu d'où partent ses oracles,
Les flots du Siloé te disent ses miracles:
Muse sainte, soutiens mon vol presomptueux.

Te veniente die, te descendente canebat (1)

Uno de los trozos de la Jerusalem en que mas inspirado estuvo tal vez Torcuato por la poesia sublime que en él se advierte, por la pureza del estilo y la entonacion del lenguaje son las estrofas del canto décimo tercero en que describe la espantosa é histórica (2) sequia que padecieron los cruzados bajo el cielo abrasador de la Judea y ante los muros de Solima.

Hasta segun el testimonio de los mismos detractores del Tasso no pueden darse modelos mas perfectos de correccion y de buen gusto, que las octavas 62, 63 y 64 del libro décimo cuarto, en la primera de las cuales se encuentran estos dos bellisimos pareados:

Questo grida natura. Or dunque, voi
Indurerete l' alma ai detti suoi?

En el canto décimo quinto encontramos la admirable navegacion de Ubaldo y el caballero Danés que, guiados por la fortuna, se dirigen al través de los mares á romper las cadenas de flores, que ligaban á Reynaldo en los mágicos jardines de la encantadora Armida. En ella ostenta el poeta sus profundos conocimientos del mundo que describiera Strabon, desplegando ante la vista del lector un inmenso panorama, que insensiblemente deleita la fantasia con la infinita variedad de objetos, terminando con la predicción del descubrimiento del Nuevo Mundo de que es deudor el antiguo al inmortal Colon.

En la octava 50 del mismo canto, describiendo el Tasso el enfurecido leon, guardian de los jardines de Armida, dice que

Si sferza con la coda, e l' ira accende,

imitando á Homero que describe á otro leon en el libro 20 de la Illiada con las siguientes frases, segun la traduccion del Monti

... i fianchi e i lombi
flagella colla coda, e se medesimo
alla bataglia irrita...

(1) Virg. Geor. l. 4. ver. 466.

(2) De esta contrariedad dice Guillermo de Tiro: neglecta porro animalia, et quibus domini sui providere non poterant, per campos lento gradu et deficientibus viribus vagantia, equi videlicet, muli, asini, sed et greges et armenta siti et ariditate consumpta, in se ipsis deficient, tabescentia et liquefacta interius moriebantur: unde in castris foetor erat maximus et pestilens et periculosa nimis aeris corruptela.
Historia de las Cruzadas, lib. 8.º, cap. 7.º

El libro siguiente empieza con la seductora descripción de la prision encantada de Reynaldo, y de seguro la voluptuosidad y la opulencia no soñaron jamás una morada mas propia para enervar el aliento de la juventud con el aura emponzoñada del deleite. Las primeras estrofas nos demuestran de una manera indudable que el Tasso encerraba mas tesoros en su fecunda imaginacion, que la bella Armida en su misterioso recinto.

Mas adelante, en la estrofa 37. cuando esta vé derrumbarse el magnifico edificio que con llanto amasaran sus caricias, prorrumpe en el apóstrofe natural de toda muger que vé desvanecerse como el humo sus ensueños de felicidad. Dirigiendo á Reynaldo su torva mirada, dice:

Nè te Sofia produsse, e non sei nato
Dell' Azzio sangue tu: te l' onda insana
Del mar produsse, e 'l Caucaso gelato;
E le mamme allattar di tigre irecana

cuyos magnificos versos nos hacen recordar los de Dido, dirigiéndose á Eneas:

Nec tibi Diva parens, generis nec Dardanus auctor,
Perfide; sed duris genuit te cautibus horrens
Caucasus, hyrcanaeque admovent ubera tigres (1)

y unos y otros traen á nuestra imaginacion estas frases que Homero, traducido por Monti, pone en boca de Patroclo, hablando con Aquiles:

Crudel! né padre á te Peleo, né madre
Tetide fu: te il negro mare ó il fianco
Parterí delle rupi, e tu rinserri
Cuor di rupe nel sen. (2)

En el canto décimo sétimo hallamos la enumeracion de las tropas egipcias, en que tan vastos conocimientos nos revela el poeta, asunto épico de la mas alta importancia, qué no fué sin embargo superior á su genio. En la estancia 38 dirigiéndose el Monarca á su generalísimo Emireno le dice: *Va, vedi e vinci*, parodiando las tres célebres palabras de César al Senado despues de la derrota del hijo de Mitridates.

En el mismo libro, cuando ya los cruzados ven próxima á realizarse la risueña esperanza, objeto de su mas constante anhelo, descubre Godofredo en el espacio al Obispo Aldemaro, que ampara con

(1) Virg. En. lib. 4. ver. 365.

(2) Hom. Ill. lib. 16.

su bendición á las huestes sitiadoras. Esta vision sobrenatural se conservó por mucho tiempo como tradicion histórica y está consignada por Guillermo de Tiro en el libro 8.º de su citada obra.

En el mismo canto la descripcion del asalto dado á la plaza es fecunda en bellísimos rasgos, que nos revelan la rica imaginacion del poeta, la esactitud de sus descripciones y el profundo conocimiento de los historiadores que le habian precedido. Ya dejamos indicado que Reynaldo de Este es un personaje ideal, pues no existió ninguno de este nombre en el ejército cristiano; por la misma razon los hechos que á él se atribuyen son tambien imaginarios. El primer cruzado que subió á las murallas de Jerusalem fué Etoldo caballero alemán, el segundo el mismo Godofredo. En este punto se halla tambien alterada la verdad histórica, indudablemente con la idea de enaltecer mas al héroe del poema, atribuyéndole este hecho memorable. Es sublime la siguiente estrofa en que el Tasso nos pinta la enseña vencedora de la cruz, cubriendo con su sombra protectora las torres derruidas de Sion.

«El estandarte vencedor tremola suelto en los aires;
»respetuosos los vientos soplan mas plácidos, mas
»radiante el sol lo dora con sus rayos; los dardos
»y las flechas se desvian ó retroceden á su aspecto,
»mientras Sion y la colina parecen inclinarse para
»ofrecerle el homenaje de su alegría.»

En la estrofa décima del penúltimo canto, se admira la respuesta del atrevido Argante, calificada por el mismo Galileo de muy noble y generosa, hasta tal punto que tal vez no se encuentre otra igual en todo el poema (1) Trábase por último el empeñado combate entre ambos guerreros, magistralmente descrito por el Tasso, y sucumbe aquel de tal modo que

Minacciava morendo, e non lingua:
Superbi, formidabili e feroci
Gli ultimi moti fur, l'ultime voci.

De la misma manera nos describe Salustio á Catilina espirante, que conservaba en el rostro la misma ferocidad que habia tenido durante su vida. (2)

La última accion del poema, traída por el Tasso bajo los muros de Jerusalem, es el digno complemento del resto de la obra, es un

(1) «Mirabile, nobile e generosissima risposta veramente (dice Galileo juzgando al Tasso), e tale che forse non é altre tanto in tutto questo libro.»

(2) «Catilina longe á suis inter hostium cadavera repertus est paululum etiam spirans ferociamque animi, quam habuerat vivus in vultu retinens
Sall. Guerra Catilinaria »

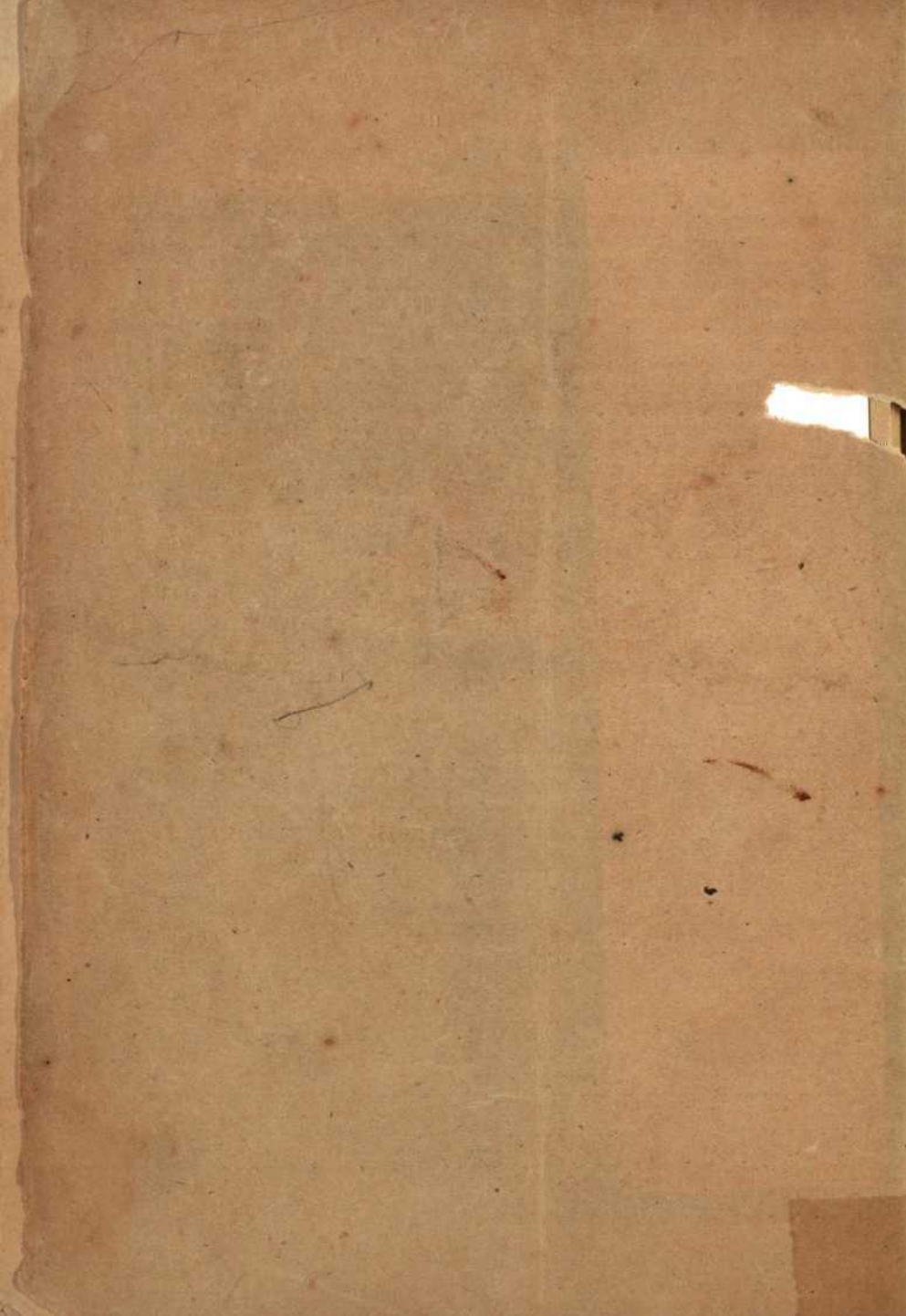
bellísimo epílogo que envidiara Virgilio y que en nada desmerece de los combates magistralmente descritos en los versos inmortales del cantor de la Illiada. La imaginación se queda absorta ante los ardientes episodios de que abunda el encuentro de ambos ejércitos, y un profundo desaliento invade nuestra alma, al comprender que todos los triunfos son muy pálidos en presencia de la brillante aureola que circunda al eminente poeta de Sorrento.

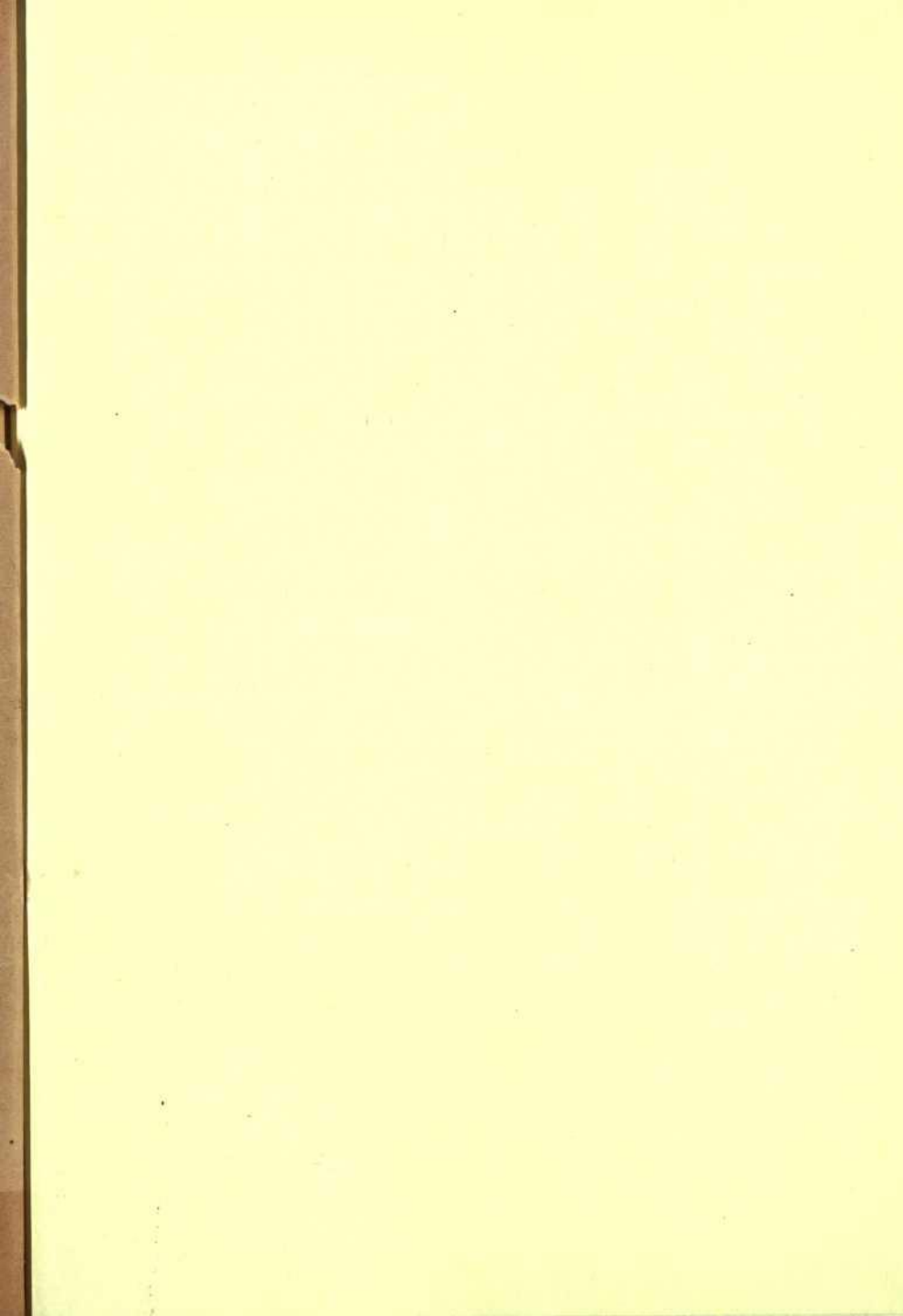
Una palabra y hemos concluido: cuando se desarrolla á nuestra vista un inmenso panorama, es muy fácil que algunos detalles escapen á la mirada ansiosa del que lo admira; del mismo modo es muy posible que háyamos omitido un gran número de pasajes dignos de figurar entre las principales bellezas de la obra. Cúlpese de esto no á nuestro buen deseo, sino á las colosales proporciones del trabajo que emprendimos. Por nuestra parte solo nos resta añadir con el crítico latino

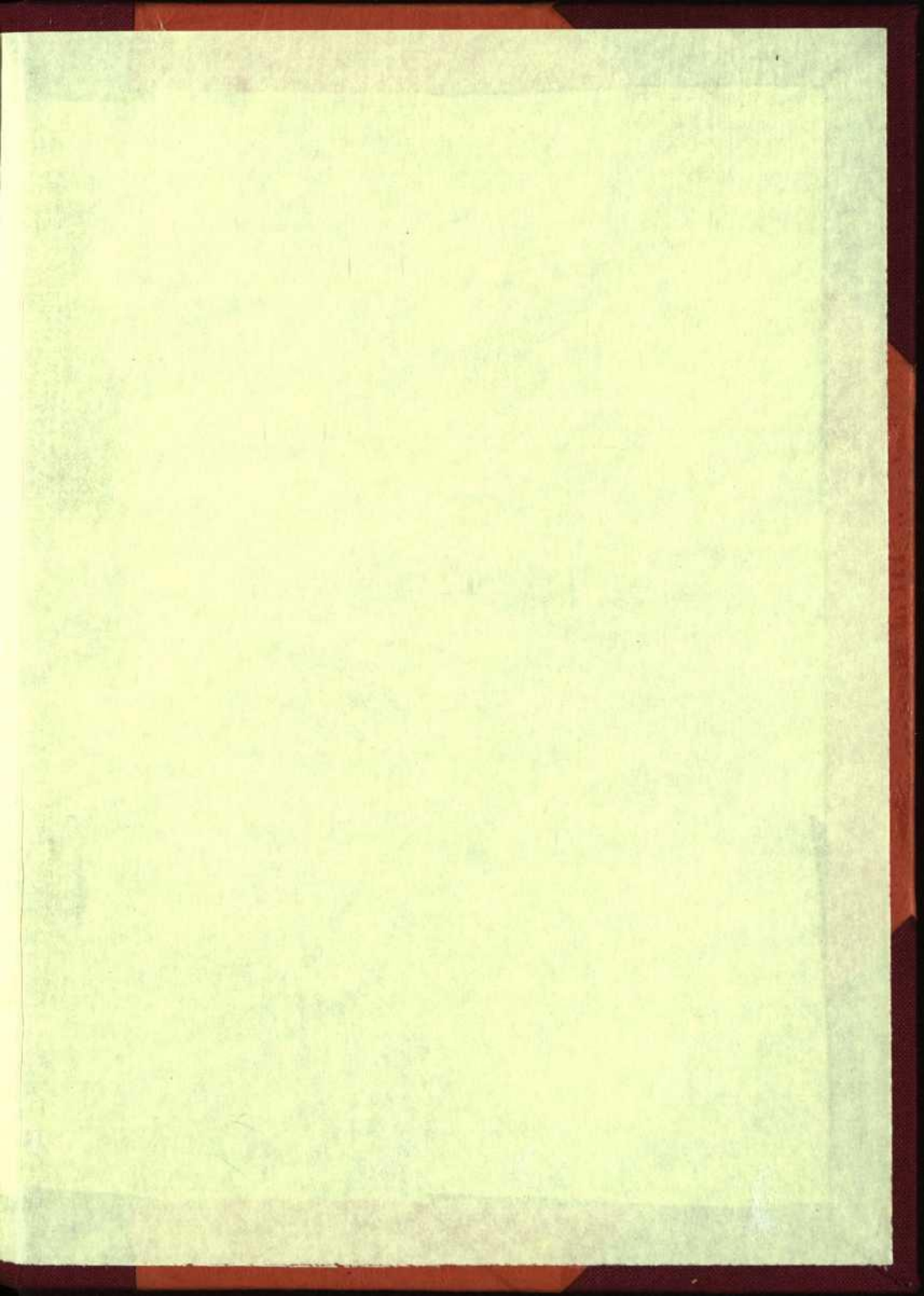
In magnis satis est voluisse

Joaquín Bugella y Cestino.

FIN.









FAX
15